AMÉRICA

POÉTICA.

AMÉRICA POÉTICA.

COLECCION ESCOJIDA

DE COMPOSICIONES EN VERSO,

ESCRITAS

POR AMERICANOS EN EL PRESENTE SIGLO.

Parte Lírica.

„Ningun lazo de union y afecto entre los pueblos será
„jamas tan fuerte como el del cultivo de las mismas
„artes y del mismo idioma."

RAFAEL MARIA BARAL.—*Hist de Venez. Paris*, 841.

VALPARAISO.
IMPRENTA DEL MERCURIO,
CALLE DE LA ADUANA, N. 24.

1846.

Juan María Gutiérrez
(argentino)

Los Editores.

«No hemos sido nosotros los primeros en advertir la necesidad y la importancia de reunir en un cuerpo las obras escojidas de aquellos americanos que como poetas se han distinguido en los tiempos mas recientes. Los ilustrados redactores del *Repertorio Americano*, en mas de uno de sus artículos, y el compilador de la *Lira Arjentina*, han dicho que un trabajo de esta naturaleza, contribuiria eficazmente a difundir en nuestras repúblicas el gusto por la amena literatura, y a «la conservacion de los recuerdos que pueden alimentar el espíritu público.»

» Nos guia en la publicacion que anunciamos una intencion mui séria. La tenemos por acto de patriotismo, mirando en ella uno de los testimonios que aun faltan para convencer de que en el pensamiento americano hai elevacion, nobleza y unidad.

» Al ver cómo en pueblos tan apartados luce la llama de una misma inspiracion; el mismo amor por la patria, las mismas esperanzas de mejora y de engrandecimiento; igual entusiasmo por las instituciones nacidas de la emancipacion; igual encanto ante la naturaleza vírjen, lozana y maravillosa del Nuevo Mundo, creemos que no se podrá negar, que a mas de aquella harmonía que proviene de la comunidad de relijion y de idioma, existe otra entre las Repúblicas Americanas, —la harmonía del pensamiento.

» Seria mui fácil decir por qué razon hemos llegado a punto en que tratamos de darnos cuenta de aquellos hechos en mérito de los cuales hemos nacido a la existencia política, formando Estados independientes: por qué advertimos ya que tenemos a la espalda un tiempo que pasó; por qué, en fin, nos lleva un impulso escondido a las investigaciones de nuestra historia. Pero dejando esta esplicacion para lugar mas oportuno y para intelijencias mas claras que la nuestra, nos tomarémos la libertad de

advertir que nos falta una copia de datos suficientemente metodizados para dar con la verdad andando el camino a que nos conducen aquellos impulsos que acabamos de señalar.

» Contrayéndonos a nuestro propósito, observamos que, si mucho se ha hablado en América de su literatura poética, si se la ha juzgado, ya en bien, ya en mal, y a veces con injenio y orijinalidad, ha sido, sin embargo, sin poseer el caudal bastante de noticias y antecedentes necesario para conseguir el acierto en materia tan delicada de crítica. Bajo este otro aspecto consideramos tambien útil la publicacion de nuestra *América Poética*.

» Para la eleccion de las piezas que la componen nos hemos cerrado a toda parcialidad, y tomado como a guias que no pueden estraviar, el amor discreto por el nombre americano y los consejos inmutables del buen gusto. Hemos preferido aquellas composiciones que tienen relacion, por el asunto o por el colorido, con el jenio, la índole y la naturaleza de nuestro continente, desechando las inspiraciones de la pasion en las luchas civiles, y ahorrando, en lo posible, las exajeraciones del entusiasmo en los himnos de triunfo nacional.»

. . . . . .

Así hemos dicho en el *Prospecto* de esta publicacion: séanos permitido añadir algunos renglones mas.

Antes que la civilizacion cristiana penetrase en América con sus conquistadores, era ya mui conocido en ella y mui estimado el talento poético.

Algunos emperadores mejicanos, como los Sacerdotes del Asia antigua, vistieron las máximas de la moral y esplicaron la naturaleza con las formas de la poesía. El nombre de Haravicus, que llevaron los vates mediante el reinado de los Incas peruanos, significaba, en lengua de los mismos, *inventor*, probando en esto que exijian de sus cantores el ejercicio de la mas alta facultad del espíritu humano. La voz de los haravicus, segun el testimonio de Garcilaso, se alzaba en los triunfos, en las grandes solemnidades del imperio; y sus poesías, servian, como la historia, para perpetuar el recuerdo de las hazañas y de los acontecimientos nacionales.

Mas no por eso estaba esclusivamente encerrada la poesía de América en el ámbito de aquellos emporios de civilizacion antigua. Las tribus indómitas que inspiraron a Ercilla octavas inmortales, tenian sus Jempin, nombre espresivo que significa «dueños del decir», y que conviene perfectamente a los poetas del Arauco, estando a la opinion del mas afamado de sus cronistas [1]. Los que adoraban al astro del dia como a la primera de sus divi-

---

1 Molina, T. I, páj. 103.

nidades, debieron esperimentar el entusiasmo que distingue al poeta, ayudándose para espresarlo de las imájenes pintorescas propias de los idiomas primitivos. Asi es que, segun los viajeros en América y sus muchos historiadores, casi no hai una tribu, ya more en las llanuras o en las montañas, que no tenga sus varones inspirados, y su poesía mas o ménos rústica.

Cuando la lengua de Castilla se arraigó en la parte meridional de nuestro continente, sus hijos enriquecieron a la madre patria «no ménos con los tesoros de su suelo que con sus aventajados talentos que fecundiza un sol ardiente y desarrolla una naturaleza grandiosa y magnífica» [1]. — Ellos cantaron en el habla de Mena y de Leon:

No con ruda zampoña
Sino con lira grave; [2]

y muchas y mui lozanas hojas del Laurel de Apolo, dejó caer el monstruo de los injenios españoles sobre sienes americanas.

Otras glorias y otros nombres llegaron tras los famosos de D. Juan de Alarcon, por ejemplo, y de la Vírjen mejicana que ha tenido, entre otros muchos, por heraldos de sus talentos, a Feijoo el erudito, y al grave e inspirado cantor de la defensa de Buenos-Aires en 1807, y del Dos de Mayo en Madrid.—Olavide, tan sabio como infortunado, buscó solaz de cristiano para encontrar gloria, en la version castellana de los Salmos. Navarrete rivalizó con el autor de *La noche serena*, en elevacion y candor: Gorostiza consiguió ponerse al lado de Moratin el hijo, entre Martinez de la Rosa y el fecundo Breton de los Herreros.

Mas hasta aquí, el sonido de las liras de América, se perdia entre el grande concierto de las españolas: el hilo de agua, por decirlo así, se engolfaba sin dejar huella, en el mar a cuyo alimento contribuía. La revolucion política que convirtió los vireinatos en repúblicas, encordó con bronce la lira de que hablamos.—Fué única ocupacion de los brazos, la guerra; y la victoria la única inspiratriz del injenio. El carácter de la poesía, mediante la lucha de emancipacion, fué puramente guerrero.

Entónces canta Fernandez Madrid al *Padre de Colombia* y a los *Libertadores de Venezuela*. Lopez entona su himno imperecedero; Olmedo eterniza el nombre de Junin a par del suyo; y otros muchos entusiastas y nobles, siguen al carro de la Victoria hasta el término de su carrera.

---

1 D. E. de Ochoa— Noticia de Don Manuel E. de Gorostiza. T. V. del Tesoro del Teatro Esp.—1838.

2 Lope de Vega—*Laurel de Apolo*, publicado por primera vez en 1630—hablando de Pedro de Oña, poeta épico: nacido en Chile, en los *Infantes de Engol*,* segun la *Biblioteca Americana* de M. Ternaux Compans.

* Tal vez, Angol, ciudad llamada de los Confines, por su fundador Valdivia en 1553. (Véase a Mol. T. II. pág. 137).

Mui grande debe ser nuestro agradecimiento ácia los hombres ilustres que han escrito aquel período de nuestra historia en el idioma de las musas. La Epopeya de la lucha de la independencia existe burilada; falta únicamente que se reunan en un cuerpo los himnos en el triunfo y las elejías en los desastres, que se han escrito desde el Anahuac hasta la tierra Arjentina.

De entónces hasta los dias actuales, toma la poesía otra direccion en América:

Los poetas pudieron pensar ya en sí mismos e interesar con sus dolores o con sus dichas personales. Las flores, el cielo, la mujer, la naturaleza, la tradicion histórica, los recuerdos, en fin, hijos del silencio, entraron como colorido en el pincel del poeta. Aquellos mismos que ántes cantaron a los héroes, cantan a las *Rosas*, o vierten a la lengua materna las descripciones de Delille o los pensamientos de Pope. Pesado traduce a David, y se inspira en los sagrados libros. Varela (infatigable atlecta poético) traduce a Horacio y muere con la Eneida en la mano esforzándose por continuar la version de este poema.

El libro que publicamos, va a jeneralizar las composiciones y los nombres de muchos otros poetas, casi todos vivos, o mui recientemente muertos, cargados de promesas, en la flor de la juventud.

No nos ha sido necesario usar de severidad para juzgarlos por la intencion moral de sus composiciones. Todos han practicado aquel escelente ejemplo del antiguo, recordado no há mucho a la juventud estudiosa por un americano distinguido: «*Sacerdote de las musas, canto para las almas inocentes y puras.*» La trivialidad no existe en la lira americana, así como no hai objeto apocado entre los de su naturaleza física. El cinismo y las provocaciones a la risa, propias de las literaturas achacosas y artificiales, se buscaria en vano entre los buenos versos firmados por nuestros poetas.

Y no podia ser de otro modo atendiendo a sus antecedentes personales. Los mas de ellos se educaron para el foro, se sentaron en las Asambleas Lejislativas, representaron a sus gobiernos en paises estranjeros, los presidieron a veces, y siempre pertenecieron al movimiento político o a la administracion de sus respectivas repúblicas.

Tanto injenio y tanto carácter noble, mereceria, por cierto, una mano mas digna que la nuestra para presentarlos reunidos ánte el público; sobre todo, una suficiencia mayor que supiese poner de bulto a la luz de una crítica sana todos sus méritos y todas sus bellezas. Pero es destino de las cosas humanas que hayan de llegar a ser perfectas partiendo de un principio incompleto o de una idea en embrion.

Mui flaco es sin duda nuestro talento; pero mui rectas nuestras intenciones. Al ofrecer al público esta coleccion, hallamos paz en la conciencia cuando consultándola, nos dirijimos las preguntas siguientes:

¿No será una ocupacion mui dulce para las almas entusiastas el pasear la atencion por estas pájinas escritas bajo la influencia de ese sol que por un estravío verdaderamente poético tenia altares en América, ántes de la conquista? ¿El amoroso sentimiento de la fraternidad no habrá de arder a la contemplacion de esa familia escojida de pensadores y de ciudadanos intachables, que descansan de sus tareas en el comercio acrisolador de las musas? ¿No se educará en buenas lecciones, el jóven que halla en estos versos los hechos ilustres de sus padres, los nombres y la pintura de los lugares embellecidos por la naturaleza o por la victoria?....

Si los Editores de estas pájinas tuviesen un nombre conocido, de esos que honran a cuanto se les asocia; si no estuviesen convencidos de que cuanto hacen no puede levantarse ni una línea del polvo, —se habrian atrevido a subscribir estas palabras:

A LOS POETAS AMERICANOS,

SUS ARDIENTES ADMIRADORES.

SANFUENTES.

(SALVADOR)

El Sr. D. Salvador Sanfuentes nació en Santiago de Chile, el dia 2 de febrero de 1817, en cuyos colejios se educó hasta recibirse de abogado en Mayo de 1842.—Desde 1835, seguia la carrera de los empleos obteniendo el de Secretario de legacion al Perú en 1836, el de oficial mayor del Ministerio de Justicia y el de Secretario jeneral de la Universidad en 1837. Fué diputado por Vallenar y Freirina en la última cámara.

El Sr. Sanfuentes servia desde Abril de 1845, el importante cargo de Intendente de Valdivia, cuando fué llamado a integrar el Ministerio de Setiembre en el departamanto de Justicia, Culto e Instruccion pública.—

El Sr. Sanfuentes ha dicho en una carta confidencial: «Para mí la posía es la primera de las artes. Me reconozco deudor a la Eneida de Virjilio, a la Araucana de Ercilla y a las trajedias de Juan Racine del entusiasmo que desde mi primera juventud concebí por ella.» Fruto de este amor es el poema «El Campanario», algunos rasgos publicados en el «Semanario,» y otros trabajos de importancia que permanecen inéditos en poder del autor.

EL CAMPANARIO.

LEYENDA NACIONAL EN TRES CANTOS.

PROLOGO.

Grave asunto es escribir
Para el público un poema:
Cosa difícil un tema
Que a todos guste, elejir.
Unos lo serio prefieren,
Otros aman lo jocoso,
Estos estilo pomposo,
Aquellos humilde quieren.
Yo que acometer intento
Empresa de tanto azar,
Casi siento al empezar,
Sucumbir mi atrevimiento.
Porque sé que para el chiste
Vale bien poco mi musa,
Y casi siempre confusa
A encumbrarse se resiste.
De llorar se cansa a veces,
Y de describrir pasiones,
Y entre sus inspiraciones
Vierte a menudo sandeces.
Pero sé tambien, Chilenos,
Que si nunca comenzamos,
Campo vastísimo damos,
A los dicterios ajenos.

Ya sabeis lo que nos dice
Un periódico perverso,
Que no ha producido un verso
Nuestro caletre infelice;
A pesar que nuestro hermano
Mas estrofas ha medido,
Que lagrimones vertido
Por el monte y por el llano.
Sabeis tambien que induljentes
Serán con nuestros ensayos
Ciertos benéficos ayos
Que quieren hacernos jentes.
¿Qué tememos, compatriotas,
Con tan franco pasaporte?
Ea ¡que no hai quien nos corte,
Ni diga: «Callad idiotas!»
Si no sabemos hablar,
Inventemos un lenguaje;
Todo lo vence el coraje,
Y se trata de empezar.
Por mi parte, he de deciros
Que aunque sé que nada valgo,
A vuestra cabeza salgo
Deseoso de redimiros
De ese temor que encadena
Vuestras mentes embotadas
Por reglas ya desterradas
Del recinto de Hipocrena.
¿No somos libres hoi dia?
¿No hemos hecho mil pedazos
Los ignominiosos lazos
De la hispana Monarquía!
Y formando a nuestro modo
Un gobierno democrático,
¿No hemos con grito simpático
Dicho que el pueblo lo es todo?
Pues ¿por qué en literatura
Sufrimos un yugo exótico,
Y ese vestijio despótico
Entre nosotros aun dura?
¡Vamos, vamos! que es en suma
Preciso ser consecuentes,
Y hacernos independientes
Con la espada y con la pluma.
Escribamos sin preceptos,
Cuanto a las mientes nos venga,
Y ninguno se detenga
A meditar sus conceptos.
Si le falta el consonante,
En el sitio requerido,
Hágase el desentendido,
Y continúe adelante.
Ni mida con mucho empeño
Los versos que vaya echando,
Que en la tierra anda alternando
Lo grande con lo pequeño.
Con nuestra facilidad
La prensa jemir hagamos,
Y entre tanto repitamos:
«Qué viva la libertad!»
Si os parece estrafalario,
Compatriotas, tal consejo,
Con vuestro capricho os dejo;
Ya yo soi su partidario.
Y hoi permito a rienda suelta
Divagar mi pensamiento,
Y una historia os presento
En difícil metro envuelta.
Si os gusta, tanto mejor:
Si os desagrada, acabóse;
Mas de un poeta llevóse
Un chasco mucho peor.

—

CANTO PRIMERO.

Cuando el siglo diez y ocho promediaba,
Cierto Marques vivia en nuestro suelo,
Que las ideas y usos conservaba
Que le legó su castellano abuelo:
Quiero decir que la mitad pasaba
De su vida pensando en irse al cielo:
Viejo devoto y de costumbres puras,
Aunque en su mocedad hizo diabluras.

Y amaba tanto las usanzas godas,
Que él hubiera mirado cual delito
El que se hablase de francesas modas,
O a Paris se alabase de bonito.
Sobre la filiacion de casi todas
Las familias de Chile era perito,
Y de cualquier conquistador la historia
Recitaba fielmente su memoria.

Como era en esta ciencia tan adepto,
Aducia argumentos con destreza

Para hacer verosímil su concepto
De derivar de reyes su nobleza.
Nosotros hoi llamáramos inepto
Al hombre que albergase en su cabeza
De loca vanidad tales vestiglos;
Mas esto era frecuente en otros siglos.

Y bien podia mi Marques sin mengua
Alarde hacer de pretension tan loca,
Porque él era mui rico, y ¿a qué lengua
No hace callar tan fuerte tapaboca?
En vano contra el oro se deslengua
Un moralista, y su valor apoca:
Lo que yo siempre he visto desde chico,
Es que hace impune cuanto quiere el rico.

En el año una vez sus posesiones
Visitaba el Marques por el verano,
Ejerciendo en sus siervos y peones
La amplia jurisdiccion de un soberano;
Y luego a los primeros nubarrones
Que anunciaban el invierno cano,
Exento de molestias y pesares,
Tornaba con gran pompa a sus hogares.

Y ora mandando hacer un novenario
En que sonaban cajas y cohetes,
Ora una procesion con lujo vario
De arcos triunfales, música y pebetes,
De admiracion llenaba al vecindario,
Y daba a las beatas y vejetes
Para conversacion fecundo tema,
En que ensalzaban su piedad estrema.

Como ningun quehacer le daba prisa,
Dormia hasta las ocho este magnate:
En su oratorio le decian misa,
Y tomaba despues su chocolate.
La comida a las doce era precisa,
Y la siesta despues, y luego el mate,
Y tras esto, por via de recreo,
Iba a dar en calesa su paseo.

A oraciones se vuelve, y si del templo
Llama a Escuela de Cristo el campanario,
El Marques y los suyos dan ejemplo
De infalible asistencia al vecindario.
Si no hai distribucion, ya le contemplo
Rezar con la familia su rosario,
Y luego ir a palacio dilijente,
Para hacerle la corte al Presidente.

A las diez de la noche se despide,
Sin propasarse un punto de esta hora,
Y vuelto a su mansion, la cena pide,
Porque ya el apetito le devora.
Con su cuerpo en seguida un lecho mide,
Donde cabrian bien sus cuatro ahora,
Y viniéndole el sueño dulce y blando,
A las once el Marques se halla roncando.

Tenia este dichoso personaje
Un hijo y una hija; y al primero,
Por no hacer una injuria a su linaje,
Solo de paso describir yo quiero;
Leia no mui bien: su aprendizaje
De la escritura fué tan pasajero,
Que en vez de letras con trabajo hacia
Garabatos sin lei ni ortografía.

En la aula de un convento procuròse
Que aprendiese a Nebrija de muchacho;
Pero en llegando a *quis vel qui* estancóse,
Sin poder dijerír aquel empacho.
Al fin su sabio preceptor cansóse,
Y recibió el alumno su despacho
Para vivir, cual viven tantos otros,
Laceando vacas y domando potros.

¡Valientes ejercicios! a los cuales
Se aficionó bien pronto a tal estremo,
Que el andar en rodeos de animales
Era su dicha y su placer supremo.
Con tal educacion, con gustos tales,
Muchos lectores pensarán, yo temo,
Que cuando Cosme a la ciudad venia,
En sociedad ridículo seria.

Error ¡solemne error! Desde el momento
Que el señorito Cosme se mostraba,
La atencion jeneral y el rendimiento
De su persona en rededor volaba:

El mismo sexo hermoso ¡qué portento!
Con su conversacion se deleitaba,
Aunque hablar de otra cosa no le oyera,
Que de pechadas, lazos, y carrera.

Tanto es lo que valia y lo que vale
Ser hijo de Marques! Mas si discurro
Mucho tiempo sobre esto, el cuento sale
Mui prolongado, y al lector aburro.
Así, evitando que mi esplin se exhale
En duras voces, a pintar me escurro
A la bella Leonor, digna por cierto,
De tener un hermano mas despierto.

A su edad, si la cuenta bien se ajusta,
Para enterar diez y ocho poco falta.
Su estatura es crecida: a mí me gusta
Como a Lord Byron la mujer que es alta;
Y no se tache esta opinion de injusta,
Que en pigmea mujer nunca resalta
Ese jentil y seductor donaire,
De que habla aquel proverbio: *amor es aire.*

Su delicado talle es tan esbelto,
Que sin duda las Gracias le han formado:
Breve es su planta, su ademan resuelto,
Y su seno gracioso y abultado:
Cuando el negro cabello ondea suelto
Al rededor del cuello torneado,
Ver en todo su cuerpo me imajino,
La obra mejor del Hacedor Divino.

Luce en sus ojos el color oscuro,
Pero chispeando de celeste fuego,
Y su mirada al corazon mas duro
En blanda cera lo convierte luego.
Mas ¡habré de meterme en el apuro,
Yo, pobre bardo que a escribir me entrego,
Cuando ya tantos otros han escrito,
De pintar lo que miles han descrito?

Frente espaciosa, y un si es no es henchida,
En que los signos del talento lucen,
Boca pequeña y a la vez pulida,
Donde las perlas y el coral relucen:
Tanta gracia mil veces repetida,
Que los poetas sin cansarse aducen
Para pintar sus bellas heroinas,
Son, describiendo a mi Leonor, mezquinas.

Baste, pues, sobre prendas corporales,
Y hablemos de su noble entendimiento,
Que es como fértil planta entre breñales
Nacida sin cultivo ni fomento;
Mas su despejo y su vigor son tales,
Que a tener el mas leve pulimento,
Daria en profusion rico tributo
De sazonado y esquisito fruto.

Por desgracia, en los tiempos de que trato
Poco servian tan brillantes dotes,
Y era en las niñas escesivo ornato
El saber algo mas que hacer palotes:
Coser, bordar y por la noche un rato
Leer devotamente unos librotes
Donde raros prodijios se injirieran,
Los ejercicios femeniles eran.

Y si Leonor tenia letra hermosa,
Era porque copiaba de contino
Novenas que su madre relijiosa
Juzgaba flores del amor divino;
Y siempre que ocurria alguna cosa
En que importaba el escribir con tino,
Desde el amo de casa hasta el sirviente,
Hacian de Leonor su confidente.

Un viejo motilon que era mui diestro
En tocar en el órgano una misa,
Y con su canto lúgubre y siniestro
Causaba a veces a los niños risa,
Fué de clave y de canto su maestro,
Y si bien la enseñanza anduvo a prisa,
De tal manera adelantó la dama,
Que hizo adquirir al motilon gran fama.

En casa de Leonor no se permite
Visitar sino a Condes y Marqueses;
Jente de estado llano no se admite,
Sino por grande precision a veces.

El padre confesor hace en desquite
Mas de veinte visitas en dos meses,
Y siempre su persona gorda y santa
A la familia con su vista encanta.

Pues si bien su moral es algo estricta,
Son sus discursos fáciles y amenos,
Y al mismo tiempo que consejos dicta,
Cuenta pasajes de chuscadas llenos.
Y sobre todo su elocuencia invicta
Parece despedir rayos y truenos,
Cuando por blanco de su arenga toma
A los herejes que condena Roma.

Este oráculo vivo de la casa
Del Marques, tiene en ella tal imperio,
Que por precepto incuestionable pasa
Cuanta regla prescribe su criterio;
Con cuidado especial no se traspasa
Lo que él decide sobre baile serio,
Siendo solo el minuet lícita danza,
E invencion infernal la contradanza.

En los dias tambien de alguna fiesta
Dice que puede haber gran *manducacio*,
Y mesa de manjares bien repuesta,
Pero con el licor se ande despacio:
Que haya un poco de canto, que haya orquesta,
Mas que se deje suficiente espacio
Entre ambos sexos, pues la vil lujuria
Con la proximidad se vuelve furia.

Y a las diez de la noche cada uno
Se retire a su casa sin desvelo,
Que el pasar de esta hora es importuno,
Y anuncia planes que reprueba el cielo.
Yo estoi con este padre: yo me aduno
A los consejos de su santo celo,
Y al ver tal mutacion en años pocos,
Esclamo: «O *tempora corrupta* ¡O locos!»

Vivió Leonor tranquila y satisfecha
En tan mística vida algunos años,
A pesar que ha llegado ya a la fecha
En que amor suele hacer terribles daños,
Y en que la niña a la virtud mas hecha,
Por mas que la refiera desengaños,
Empieza a desear con ansia mucha
Triunfar de un pecho en amorosa lucha.

Llegando a tal edad, la mujer siente
Una vaga inquietud; gustosa mira
De dos palomas el cariño ardiente,
Y apartando los ojos, ai! suspira:
Ama a los niños con ardor vehemente,
Y su inocencia encantadora admira:
Se vuelve ácia un espejo, y se alboroza
Al notar con rubor que es buena moza.

Y luego va a mirar si está el zapato
Ajustado a su pié; si el chal es rico:
Examina el vestido un largo rato,
Y abre y cierra con gracia el abanico:
Se hace de crespos un pomposo ornato,
Y ufana se acomoda el sombrerico:
Y al fin despues de ajitacion tan viva,
Viene a quedarse mustia y pensativa.

Mas Leonor no ama aún: no; quien lo crea
Se engañará por cierto: ella conoce
De Condes y Marqueses la ralea,
Pero la encuentra insoportable, atroce;
Y por mas bellos jóvenes que vea
De una clase inferior, los desconoce,
E imbuida en las ideas de su rango,
Cree que es fijar sus ojos en el fango.

Ella siente que falta algun encanto,
Para ser mas completa su ventura;
Mas de advertir cuál sea dista tanto,
Que se jacta de ser cual bronce dura:
Viendo tal perfeccion, lleno de espanto
Dice su confesor que alma tan pura
No ha encontrado jamas des que confiesa,
Y que al fin ha de ser una abadesa.

Por mi parte, lectores, es preciso
Confesaros que pienso de otro modo,
Y de un sabio frances sigo el aviso,
Pues que se amolda a mi esperiencia en todo.

Dice, pues, Labruyère en su conciso
Lenguaje, que a mis versos acomodo,
Que la mujer que de tibieza charla,
Aun no ha visto al que debe enamorarla.

Y prueba con un caso sucedido
En la ciudad de Esmirna a cierta dama,
Que niña que hasta tarde no ha querido,
Cuando llega a querer, de veras ama;
Y las aguas del ancho mar tendido
No son bastantes a estinguir su llama.
¡Ojalá que esta máxima absoluta
La desmienta Leonor con su conducta!

Lo vamos pronto a ver, porque se acerca
La hora decisiva de su suerte,
Y si aun consigue mantenerse terca,
Ya diré con razon que es mujer fuerte.
Figúrese el lector que ya está cerca
El dia del Marques, que de su inerte
Reposo él sale, y quiere que haya boda [1]
A que se invite la nobleza toda.

Brillando como el dia los salones
Me imajino ya ver con los reflejos
Que despide la luz de los blandones,
Repetida en finísimos espejos.
Las techumbres ornadas de florones
Y portentosos figurones viejos,
Mas de ricos dorados esmaltadas,
Se atraen de los curiosos las miradas.

Ocupan los asientos de cojines
Las damas de purísimo linaje,
Con ricos y plegados faldellines
Y lijeras mantillas por ropaje.
Los adornos de perlas y rubines,
El bordado de plata y el encaje
Con que su lujo y su riqueza ostentan,
De sus encantos el poder aumentan.

Sentado en un macizo taburete,
Y de grandes señores rodeado,
Preséntase el Marques con mas copete
Que si fuera un monarca coronado:
Parece tener algo que le inquiete,
Porque ya varias veces ha cortado
El hilo del discurso de improviso,
Y se ha puesto a escuchar como indeciso.

De conjeturas se halla en un barullo,
Porque en venir el Presidente tarda,
Cuya honrosa visita con orgullo,
Por un aviso anticipado aguarda;
Y si un leve rumor, cualquier mormullo
Hiere su oido, que se encuentra en guarda,
Con dulce sobresalto se detiene,
Creyendo ya que su Escelencia viene.

Últimamente un ruido no engañoso
De coche y de caballos se percibe:
«El Presidente!» grita sonoroso
Clamor al punto, y el Marques revive.
Con los demas señores presuroso
Se precipita ácia el zaguan, recibe
En él al noble amigo, y mui ufano
Le va llevando adentro de la mano.

Pronto al salon do en impaciencia viva
Las señoras esperan su llegada,
Don Antonio Gonzaga y comitiva,
Hacen con pompa y majestad su entrada.
Era el tal don Antonio de atractiva
Presencia y de estatura algo elevada,
Cortés, afable, y amador de gloria,
Segun le pinta la chilena historia.

Pero a pesar de ser tan halagüeño
Y popular su trato, bien se observa
En cierto aire sombrío de su ceño,
Que un mal oculto su interior reserva:
El ver frustrado el favorito empeño
De hacer vivir en pueblos la caterva
De indomables indíjenas, le causa
Dolor que mina su salud con pausa.

Gran uniforme viste, y rico manto
Bordado de oro el personaje tiene,
Sobre cuyas labores con encanto

---

1 La palabra *boda* entre nosotros significa cualquier funcion doméstica. En este sentido se toma aquí. (N. del A.)

La vista de las damas se detiene.
En pos de él, aunque no con lujo tanto,
Lucida escolta de oficiales viene,
Jóvenes, viejos, y de edad mediana,
Que han sido asombro de la hueste indiana.

Entre ellos se halla uno, a quien parece
Un cariño especial tener Gonzaga,
Jóven gallardo, que en su aspecto ofrece
Cuanto el capricho mujeril halaga:
El valor en sus ojos resplandece,
Si corre el campo de la lid aciaga,
Mas si a un estrado por ventura asoma,
Tiene el blando mirar de la paloma.

De castaño color es el cabello
Que cubre su cabeza en leve rizo,
De estrema ajilidad su cuerpo bello,
Y su conversacion llena de hechizo,
Un clásico poeta al conocello,
Diria pronto que el amor lo hizo,
A fin de que las damas insensibles,
Aprendiesen a ser mas accesibles.

Tal fué el jóven a quien el Presidente,
Luego que se sentó llamó a su lado;
Y al marques que le asiste dilijente,
Presenta el oficial afortunado,
Diciendo: «Amigo mio, este valiente
»Jóven, que siempre como a hijo he amado,
»Es el ilustre capitan Eulojio,
»De que os hablé mil veces con elojio.

»Es el que me ha sacado del barranco
En que he estado metido sin remedio
»Y derrotando al fiero *Curiñanco*,
»Libró a *Cabrito* de su duro asedio.
»En vano de mil tiros se hizo el blanco,
»Rompiendo con sus bravos por el medio
»Del ejército infiel que a Angól cercaba,
»Pues su próspera suerte le guardaba

»Para honor de su patria. Bien merece
»Que le titule Salvador la España.
»¡Gloria al mancebo que tan pronto ofrece
»A nuestra imitacion tan noble hazaña!»
Así dice Gonzaga, y se enternece,
Ocasionando admiracion estraña
Con su tierno discurso laudatorio,
A todo el nobilísimo auditorio.

La vista jeneral clavóse al punto
En el jóven así favorecido,
Y todos alabaron el conjunto
De las prendas que Dios le ha concedido.
Mas Eulojio entretanto era el trasunto
De un hombre que se encuentra confundido,
Y no hallando espresion que satisfaga,
Con cortesias respondió a Gonzaga.

Tambien le hizo el Marques gran agasajo,
Aunque fué mas forzado que sincero,
Porque al momento a su memoria trajo
Que Eulojio no era un noble caballero;
Y aunque es verdad que en su linaje bajo
Se podia citar mas de un guerrero
Que se cubriera de esplendente gloria,
Esta no era bastante ejecutoria.

Dióle las gracias el garzon modesto
Por la falsa afeccion que le mostraba
Y de aquel sitio retiróse presto,
Porque en completo aturdimiento estaba.
Pero ya Leonor ¡trance funesto!
No sé que cosa en su interior notaba
Que daba a sus ideas raro jiro;
Ello es que sin querer lanzó un suspiro.

Y a una amiga de su intima confianza
Que allí se hallaba, con misterio dijo:
»Lástima es que ese jóven de esperanza
»No sea de ascendientes nobles hijo.»
Que la respuesta fué maligna chanza,
Esto cualquiera lo tendrá por fijo,
Y con sorpresa tal llena de susto,
Hizo Leonor un jesto de disgusto.

El baile comenzó: siguióse el canto,
En el cual varias veces mi heroina
Llenó al concurso de agradable encanto
Con los gorjeos de su voz divina;
Pero nada le atrajo aplauso tanto,

Y nada ejecutó con voz tan fina,
Con tan propia espresion, cual la cantata
Que aquí voi a copiar y la retrata.

«Corren mis dias en perfecta calma:
No halla el camino de mi pecho amor,
Y de sus tiros, victoriosa el alma,
Burla el rigor.
No, no se han hecho para mí sus penas,
Libre me veo entre cautivas mil,
Ni quiero que arda por mis puras venas
Fuego tan vil.
Dicen que suele ocasionar mil bienes,
Que amor es fuente de inmortal placer;
Yo de laurel coronaré mis sienes,
Libre he de ser.
Una pastora conocí que amaba
A un pastorcillo con estremo ardor,
Y a la inocente el seductor juraba
Sincero amor.
¡Mas ai! que pronto la olvidó triunfante,
Viéndola frio ante sus pies jemir,
Y otro consuelo no quedó a la amante
Que el de morir.
La triste suerte de esa fiel pastora
Siempre grabada en mi memoria está,
Siempre del lazo de pasion traidora
Me salvará.
Y como el ave que la red burlando,
Que la tendiera cazador cruel,
Vuela, su dulce libertad cantando,
Por el verjel,
Yo que orgullosa de desprecios huyo,
Yo que no quiero de dolor morir,
Siempre ¡o amor! del cautiverio tuyo
Me he de eximir.»

No bien su canto terminó Leonora
Entre aplauso sonoro y repetido,
Cuando esclamó Gonzaga: «Pues ahora
»Una guitarra para Eulojio pido.
»No solo la natura bienhechora
»La prenda del valor le ha concedido,
»Que mostrándole prodiga su afecto,
»Le ha formado tambien galan perfecto.

«Vamos, Eulojio, vamos! Tus canciones
»Distrajeron mil veces mis fatigas,
»Cuando en pos de contrarios escuadrones
»Corríamos las tierras enemigas.
»Osténtanos pues hoi tus perfecciones,
»Y que el digno Marques y las amigas
»Nobles y bellas que a su fiesta asisten,
»De tus talentos a juzgar se alisten.»

Y tal invitacion, de rubor lleno,
El mancebo jentil quiso escusarse;
Pero ningun pretesto se halló bueno,
Y le fue necesario resignarse.
Al dulce son del instrumento ameno
Deja al fin estos versos escucharse,
Que, segun malas lenguas refirieron,
Para aquel caso improvisados fueron.

Laura hermosa cual la estrella
Que precede a la mañana,
Vive sola y mui ufana
Con su dulce libertad.
Amadores mil por ella
Largo tiempo han suspirado,
Pero ya se han ausentado,
Maldiciendo su impiedad.
Con afecto mas sincero
A sus piés llega otro amante,
Y asi pinta sollozante
A Laura su padecer:
«Influjo del hado fiero
Me fuerza a amarte, bien mio,
Ni pendió de mi albedrío
El dejarte de querer.
«Sé que otros te han ofrecido
Títulos, honor riqueza;
Sé tambien que tu belleza
Sus presentes despreció.
«En hora fatal nacido,
Sin fortuna y sin honores,
Para obtener tus favores
¿Qué puedo ofrecerte yo?
«Solo un corazon poseo
Que te adora apasionado,
Y únicamente a tu lado
La vida podrá sufrir.

«Complacerte es su deseo,
Y como por tí respira,
Si compasion no te inspira,
Su solo anhelo es morir.
«A tí dictar mi sentencia,
Vida mia, corresponde.»
Laura entonces le responde:
«La libertad es mi bien.
Ni me engaña tu apariencia,
Que otros morir me han jurado,
Pero ya me han olvidado;
Tú me olvidarás tambien.»
Desprecio tan rigoroso
Sufrir no pudo el amante,
Y ante Laura al mismo instante
De sentimiento espiró.
«Vive para ser mi esposo!»
Clamó Laura arrepentida;
Pero el cuerpo ya sin vida
Sus palabras no escuchó.

El que vagando en una fértil vega
A orillas de un arroyo entre el carrizo,
Oye al nevado cisne que despliega
De su voz melodiosa el suave hechizo,
Nunca a sentir las impresiones llega
Con que a Leonor enternecerse hizo
En delicioso inesprimible encanto
Del favorito de Gonzaga el canto.

Entonces recordó que en algun sueño
De los que habian su niñez mecido,
Aquel acento dulce y halagüeño
Escuchado por ella habia sido,
Que la llamaba: *mi querido dueño*,
Y se quejaba triste y dolorido
De la frialdad e indiferencia dura
Con que pagaba su inmortal ternura.

Este recuerdo vivo y palpitante
Su mente absorve, y en estatua muda
La deja convertida al mismo instante
Que un palmoteo al capitan saluda.
La amiga que la observa vijilante,
Le dice «Ola, Leonor ¿qué es lo que anuda
»Al presente tu voz? ¿No te entusiasma
»Esa linda cancion que a todos pasma?»

Volviendo en sí, cual vuelve de un letargo
Débil enfermo que el causon padece,
Responde la doncella: «el trance amargo
«Del desdichado amante me enternece!»
La amiga sonriose, y aunque largo
Espacio a nuevas chanzas se le ofrece,
Esta vez prefirió dejar que libre
El fiero pecho, ya ablandado, vibre.

Pero alzóse Gonzaga de su asiento,
Y al oficial tomando de la mano,
Le llevó ácia Leonor, y con atento
Ademan y lenguaje cortesano,
»Señorita, le dice, mucho siento
»No verme ya tan ájil y lozano
»Como en los dias de mi edad primera,
»pues danzar un minué con vos quisiera.

«Mas como impropio de mi edad reputo
»Ofrecerme yo a vos por compañero,
»Os presento en Eulojio un substituto,
»Que vos gustosa aceptareis espero.
La jóven, sin tardarse ni un minuto,
Se levanta con rostro placentero,
Y siguiendo al mancebo afortunado,
Se halló bien pronto en medio del estrado.

La música sonó: los dos danzantes,
Enlazadas las manos avanzaron,
Y luego en movimientos elegantes,
Y graciosas posturas se apartaron.
Sus ojos espresivos y brillantes
Diversas veces con temor se hallaron,
Y el carmin de sus rostros encendióse,
Y aun en sus pasos turbacion notóse.

Mas Leonor en su gracia majestuosa
Y aéreos ademanes parecia
Aparicion celeste y luminosa
Que en sueños suele ver la fantasía.
Una respiracion algo anhelosa
En su ajitado seno se veia,
Y cierta languidez que cunde en ella,
La hace mostrarse cada vez mas bella.

Y cuando a fin de terminar, volvieron
Los dos con leves pasos a acercarse,
Y sus dos manos en union sintieron,
Y sus piés mutuamente aproximarse,
Sin duda en aquel punto conocieron
Que si merece la existencia amarse,
Es solo por saber cuáles arcanos
El amor les descubre a los humanos.

Nunca habia bailado con mas gusto
Mi heroina un minué, ni hubo quien fuese
Con la bella pareja tan injusto,
Que aplausos repetidos no le diese:
Solo el Marques sufrió con ceño adusto
Que un compañero tal su hija tuviese,
Mas su enojo no osó salir al labio,
Que ofender al amigo temió sabio.

—

CANTO SEGUNDO.

I.

Terminóse la fiesta, y el concurso
Se retiró a sus casas satisfecho:
La negra noche al promediar su curso,
Vió reposando a todos en el lecho,
Menos a dos, que dieran buen recurso
Para alargar mi canto un largo trecho,
Si quisiera pintar como violenta
De dos amantes la pasion se aumenta.

II.

Pero no he de aburrir a los lectores
Con una relacion que ellos ya saben;
A falta de otros méritos mayores,
Por conciso deseo que me alaben.
¿Quién no ha tenido su época de amores?
¿Qué monstruo ha permitido que se acaben
Los dias de su dulce primavera,
Sin ablandar su corazon de fiera,

III.

Para poder decirnos qué contento
Tan dulcemente triste es desvelarse
Vagando con la mente en seguimiento
De un objeto empeñado en alejarse,
Cuando torna mas bello a aproximarse,
Y con sus ojos lánguidos nos mira,
Y al escucharnos suspirar, suspira?
Que no bien le olvidamos un momento,

IV.

Él está ahí: su andar es como un sueño
Que blandamente el corazon halaga
El eco de su voz es un beleño
Que en celestial deleite nos embriaga:
Le vemos alargarnos halagüeño
Un brazo de marfil, su mano vaga
Sentímos como velo trasparente
Cariñosa pasar por nuestra frente.

V.

Vamos a asir esa adorada mano,
Y ¡cielos! como ambiente se desliza:
Fué toda una ilusion, un soplo vano,
Que la onda sosegada apenas riza.
Desvanecido nuestro error insano,
El destino que atroz nos tiraniza,
Tiende su brazo, y nos recuerda impío
Que nunca será cierto el desvarío!

VI.

Leonor y Eulojio como dos imanes
Mutuamente atraidos se quisieron,
En vano a aquella sus antiguos planes
De indiferencia avergonzar la hicieron:
En vano a su memoria los desmanes
De las malignas lenguas se ofrecieron,
Como incendio voraz su amor la abrasa,
Y cuanto estorbo se le ofrece arrasa.

VII.

Y si ella por acaso se estremece,
La oposicion paterna presumiendo,
Y un mar de desventuras le parece
Que entre ella y su cariño está rujiendo,
Con nueva reaccion su audacia crece,
Una voz dulce y amorosa oyendo,
Que le dice: «Leonor, juntos vivamos,
O ambos a dos por nuestro amor muramos»

VIII.

Si al capitan en fin alcurnia ilustre
No le ha otorgado su infeliz destino,
¿No le dan sus hazañas mayor lustre
Que a los nobles un vano pergamino?
¿Quién dirá que su casa se deslustre
Con un enlace tal, cuando el mas fino
El mas puro crisol sin duda alguna,
Las virtudes lo dan, no la fortuna?

IX.

Así la jóven infeliz se place
Alimentando su ominoso fuego,
Y en deseos vehementes se deshace
Porque vuelva a su vista Eulojio luego.
Al fin el Presidente satisface
El anhelar de su cariño ciego,
Y volvió a casa del Marques un dia
Trayendo al capitan por compañía.

X.

¡Cuántas dulces miradas se cambiaron
Los amantes a falta de espresiones!
Cuán fervientes sus pechos palpitaron
Al contemplar sus mútuas perfecciones!
Dos ánjeles sin duda se juzgaron,
Enviados por Dios a estas rejiones
A fin de que su amor tan puro fuera
Como el azul de la celeste esfera.

XI.

Siguióse a esta visita otra visita
Y muchas mas despues; y ya bien claro
Se vé que el Presidente solicita
Protejer el amor del jóven caro.
Ya la cruel locuacidad maldita
Que todo lo pondera sin reparo,
Va publicando por Santiago toda
Que Gonzaga va a hacer una gran boda.

XII.

La madre de Leonor fué la primera
Que pertrechada de senil malicia,
Penetró tal proyecto, y considera
Que al Marques debe darle esta noticia.
Incrédulo al principio se exaspera
El magnate, y culpando la estulticia
De su esposa, le dice con enfado
Que solo presumirlo es un pecado.

XIII.

Mas la Marquesa aduce pruebas tales
A fin de demostrar que razon tiene,
Que apartando a sus ojos los cendales,
El buen Marques a convencerse viene;
Y con el fin de precaver fatales
Resultados tal vez, no se detiene
En jurar que a Gonzaga dirá recio,
«Si ha podido tenerle por un necio;»

XIV.

«Y esperar que él consienta en un enlace
Que cubriera de oprobio a su ascendencia?
Que la alta injuria que con esto hace
A su amistad, le agota la paciencia»—
Esta resolucion no satisface
A la astuta matrona, y su prudencia
Halla que es necesario ver un modo
De conseguirlo sin peligro todo—

XV.

Despues que largas horas discurrieron
Sobre un asuuto de interes tan grande,
Los dos con sabio acuerdo resolvieron
Que a Leonor esconderse se le mande:
Diferentes escusas previnieron
Para cuando Gonzaga la demande,
Y a ella misma dirán que en caso urjente,
Con desprecios despida al pretendiente.

XVI.

Mas por fortuna de la amante triste
La ocasion no llegó de que le fuera
Con el rigor que un hijo no resiste,
Intimada una órden tan severa.
De síntomas crueles se reviste
Mas cada vez el mal que en traicionera
Lentitud consumiendo va a Gonzaga,
Y ya su vida al descubierto amaga.

XVII.

Pronto le fué imposible del palacio
Salir a divertir su amarga pena,
Y de su estancia en el estrecho espacio
Suspira en vano la llanura amena:
Su fuerza se estinguió; su cuerpo lacio,
Cual árbol majestuoso que condena
A perder su verdor larga sequia,
Perdió su robustez y lozanía.

XVIII.

Y cual leve vapor que por el viento
Lentamente se exhala y se disuelve,
Dejando el corporal alojamiento,
El alma de Gonzaga al cielo vuelve.
A tan triste noticia en sentimiento
Y luto y llanto la ciudad se envuelve,
Ponderando del muerto las bondades,
Con que supo captar las voluntades.

XIX.

Despues que con gran pompa y aparato
Se le hicieron los últimos honores,
El fino Eulojio que ni un breve rato
Del lecho se apartó de sus dolores,
Volvió a entregarse al pensamiento grato
Y esclusivo ya en él de sus amores,
Y a buscar empezó con vano empeño
Quien le llevase a casa de su dueño.

XX.

Mas viendo al fin que nadie se le ofrece
A realizar su fervoroso anhelo,
Y que un dia tras otro desparece
Sin brillarle esperanza de consuelo,
En su impaciencia loca le parece
Que debe sofocar todo recelo,
Y armarse del valor que necesita
Para hacer por sí solo una visita.

XXI.

Locura fué en verdad; pero locura
De las que amor inspira a cada paso
Al hombre de mas seso, si procura
Que su ardiente pasion no sufra atraso;
Mas la pena de Eulojio fué tan dura,
Que el cuento mio de moral no escaso
Será si la describo a mis lectores
Con todos sus perfiles y colores.

XXII.

En el primer salon Leonor se encuentra
Cosiendo al lado de su madre, cuando
Con garboso ademan Eulojio entra,
Si bien interiormente tiritando.
Todo su esfuerzo militar concentra
El vencedor del infidente bando
Para hacer un bellísimo saludo;
Pero respuesta conseguir no pudo.

XXIII.

Sin hablar la Marquesa al fin le mira,
Mas con ceño tan ágrio, que bien puedo
Al del Ande igualarlo, cuando en ira
Furiosa brama y nos infunde miedo.
La sangre al corazon se le retira
A Eulojio, y desfallece su denuedo;
Y aun yo no sé del infeliz qué fuera
Si Leonor a tal punto no le diera

XXIV.

Una mirada, muda; pero escrito
Iba en ella un volúmen! amorosa
Cual la que a un hijo que se va proscrito
Da en el último adios madre llorosa:
Melancólica y triste como el grito
Que exhala un amador sobre la fosa
Del dueño que adoró; mirada ardiente
Cual la que echa a la patria un hijo ausente.

XXV.

Con ella algun aliento recobrando,
Eulojio se desploma en un asiento,
Que no le han ofrecido, y balbuciando
Se esfuerza a pronunciar un cumplimiento.
Pero sin atender su dicho blando,
Cual si solo se hallase el aposento,
Regañando a Leonor, dijo la madre:
«¿Zurciste ese chaleco de tu padre?»

XXVI.

«Mira que corre prisa, niña floja!»
Difícil es que a comprender alcance
Del pobre Eulojio la fatal congoja
Quien no se haya encontrado en igual lance.
A veces imposible se le antoja
Que le tenga el destino en ese trance,
Y piensa que todo es un sueño vano
Que ajita y turba su cerebro insano.

XXVII.

Y ve que los objetos se oscurecen,
Y se le van perdiendo en lontananza;
Pero tornan bien pronto, y resplandecen,
Y la terrible realidad le alcanza.
Ya sus sentidos muertos desfallecen,
Y ya el dolor con súbita pujanza
le punza y hiere y le destroza el pecho,
Sin dejarle alentar un solo trecho.

XXVIII

Mira a los muebles y al callado muro
Creyendo que en su inmóvil apariencia
Van a dolerse de su horrendo apuro,
Pero los halla en fria indiferencia.
Imajínase al techo menos duro,
Y levanta la vista ¡qué demencia!
Las grotescas figuras que allí estaban,
Riendo de su angustia, le burlaban.

XXIX.

Él hubiera querido que cayese,
En medio de este horrible parasismo,
El techo de la casa, o que se abriese
Bajo sus piés al punto un hondo abismo;
O a terminar su confusion viniese
El hacha fiera del verdugo mismo.
¡Vanos deseos de su mente ciega!
Todo consuelo a su dolor se niega.

XXX.

Y lo peor de todo es que ni tiene
Valor para marcharse en el momento,
Que una mano invisible le detiene,
Como ligado a un potro, en el asiento:
Si al fin a levantarse se previene,
Al punto le acobarda el pensamiento
De hacer una salida desairada,
Así no logra resolverse a nada.

XXXI.

Inmóvil, cabizbaja y silenciosa
Leonor tiene la vista en su costura,
Pero el llanto en los ojos le rebosa,
Revelando su pena y su amargura:
A veces su mejilla esplendorosa
La palidez de un muerto desfigura
Y a veces arde tanto y se enrojece
Que en pura sangre prorumpir parece.

XXXII.

Y mas y mas se aumenta su congoja,
Y aun se imajina desplomarse muerta,
Cuando ve que su madre ya se arroja
A emplear una burla mas abierta,
Que llama a la criada, y que se enoja
Porque ha poco dejó franca la puerta
Para que entrasen importunas jentes,
«Otra ocasion le romperá los dientes.»

XXXIII.

No aguantó mas Eulojio, y al fin pudo
Su sombrero tomar y levantarse,
Hizo una inclinacion, y ciego y mudo
De aquel infierno consiguió escaparse.
Respondió la Marquesa a su saludo
Con un *Anda con Dios* que fué de helarse,
Y la infeliz Leonor convulsa y yerta,
Cayó sobre la alfombra como muerta.

XXXIV.

Faltan palabras a mi torpe pluma
Para poder pintar como debia
La horrenda confusion que a Eulojio abruma
Mientras a largo paso se desvia.
Como gusano vil se hallaba en suma
El mísero humillado, y aunque ardia
Cual nunca el sol en la mitad del cielo,
Sus miembros embargaba un frio hielo.

XXXV.

De espantosos ruidos su cabeza
Y de crueles vértigos zumbaba,
Y de una en otra idea sin fijeza
Su abrasado cerébro divagaba.
Inmensa se le hacia la largueza
De las calles que raudo atravesaba
Por llegar lo mas presto a sus umbrales,
Y de los hombres esconder sus males.

XXXVI.

Pues que tiene vergüenza el sin ventura
De cuantos a su paso se le ofrecen,
Y aun los desconocidos se figura
Que al mirarle a la cara le escarnecen.
Al fin triste refujio a su amargura
Los muros yertos de su estancia ofrecen,
Donde apenas se vé, cuando convulso,
Es darse muerte su primer impulso.

XXXVII.

Iba ya a preparar la fatal arma,
Cuando de pronto a su memoria vino
El llanto de Leonor, la triste alarma
Con que habia mirado su destino:
Este recuerdo su furor desarma,
Y cambiando de acuerdo con mas tino,
Toma pluma y papel y entre borrones
A su amada dirije estos renglones:

I.

«Nacido en humilde esfera,
Sin duda debí mirar
Que a tanta dicha aspirar
Escesivo arrojo era.
Mas ai! si la suerte fiera
Fué para Eulojio tan dura,
¿Podia yo por ventura
Obligar al pecho mio
A contemplar yerto y frio
Tu celestial hermosura?

II.

Y hacer que al asir tu mano
No retemblase la mia
Cuando en el baile te vía
Gala del aire liviano?
Por ventura dióme en vano
A mí el cielo un corazon?
¿Por qué cruel sin razon
Cometo un delito horrible
Con mostrarme tan sensible
Como esos nobles lo son?

III.

Mas dirán con altivez
Que pude en silencio amarte,
Pero mi amor declararte
Era mucha avilantez.
Yo preguntaré a mi vez
¿En qué les soi inferior?
¿Con qué hazañas de valor
Ellos la Patria han honrado,
Cuánta sangre han derramado
En los campos del honor?

IV.

Y una simple ejecutoria
A ellos les da un derecho
Inasequible al que ha hecho
Tanto mérito a la gloria!
Ah! si al recorrer mi historia,
Leonor, mi modestia dejo,
Si con violencia me quejo,
Perdóneme tu alma pura,
Que en mi terrible amargura
Soi incapaz de consejo.

V.

Y estos son ayes postreros
Que exhala el que va a morir!
Voi de nuevo a combatir
Por los que me ultrajan fieros,
Por hacer mas placenteros
Sus gratos dias de calma.
Tan solo en la muerte el alma
Puede hallar algun consuelo.
Adios, Leonor, dete el cielo
De eterna dicha la palma!

VI.

A morir sin ser llorado
Voi en los campos do un dia
La esperanza me reia
De un porvenir fortunado.
No me pesa haber mirado
Mi ilusion desvanecida,
Y si al dejar yo la vida
Algun tormento me asiste,
Solo es ignorar si fuiste
Culpable en mi despedida.»

XXXVIII:

Confiando sus quejas a esta carta,
Sintió lijero alivio el desdichado,
Y ya solo procura hacer que parta
A poder del objeto idolatrado.
Una esclava por fin a quien él harta
De dones y promesas, se ha encargado
De entregarla a Leonor, y esta respuesta
Vino a calmar su ajitacion funesta:

Despues de una larga lucha
Con mi deber, os contesto:
Bien sé que falto con esto
Al respeto paternal.
Pero con tanta injusticia
Por mi causa habeis sufrido,
Que teneis bien merecido
Este alivio a vuestro mal.

Seria crueldad estrema
Imajinar un momento
Que en aquel recibimiento
Pude tener parte yo.
¿Mis ojos no os anunciaron
Lo que el corazon sufria?
¿Pero qué remedio habia
Si una madre lo ordenó!

Si al despedirnos por siempre,
Aun pedis otro consuelo,
Pongo por testigo al cielo
Del voto que voi a hacer.
Ya que amaros me prohiben,
Jamas al menos mi mano
Será de ningun tirano
De esos que puedo querer.

—

Eulojio leyó esta carta
Y mil veces la leyó,
Dando besos repetidos
A la prenda de su amor.
Sus líneas bálsamo fueron
Que su angustia mitigó,
Rocío que dió la vida
Al marchito corazon.
Vertió llanto de consuelo,
Y aun a bendecir llegó
La hora fatal que le habia
Causado tanta afliccion,
Puesto que ella produjera
Alivio de tal dulzor.
Torna a escribir a su dueño,
Y la piedad, la pasion,
Dejar de admitir sus cartas
No consienten a Leonor.
Con esta correspondencia
Crece su afecto veloz
Como la llama que activa
Fiero Norte volador:
De modo que ya no piensan
Sino en unirse los dos,
Del universo a despecho,
Sin reparo ni temor.
Y queda al fin concertado
Que en la primer proporcion
Leonor dejará a sus padres
Por seguir a su amador.
¡Desgraciados que no advierten
Que son débiles los dos,
Y se opone a su cariño
Un poderoso señor!

—

Llegóse el jueves de Semana Santa,
El sol en occidente se escondió,
Y en un silencio lúgubre que espanta

Sumerjida Santiago se quedó.
A la luz del crepúsculo dudosa
Se vé de cuando en cuando atravesar
Por las calles la jente fervorosa,
Que camina, y no cesa de rezar.
Las mujeres envueltas en mantones,
Van hiriendo sus pechos con fervor
Al son de sus devotas oraciones;
Y los hombres en traje de dolor.
Todos a pié, los ojos en el suelo,
Y descubiertos, sin farol ni luz,
En largos grupos, implorando al cielo,
Van tras la enseña de una negra cruz.
Todas las puertas míranse cerradas,
No se vé luminaria ni candil:
Tan solo las iglesias alumbradas
Se hallan de antorchas funerales mil.
Y se eleva en el ancho presbiterio
Un vasto monumento sepulcral:
Suena en el coro el místico salterio,
Y del profeta el cántico ritual.
Parece que de repente
La ciudad se ha transformado
En panteon dilatado
Que han salido a recorrer
Las almas de los difuntos
Que habitan sus sepulturas,
Envueltas en vestiduras
Negras y horribles de ver.
Y ácia los templos caminan
Con llorosas cantilenas
A pedir que de sus penas
Tenga el Señor compasion.
Entretanto no se siente
Rumor de campana alguna,
Mas la matraca importuna
Viene a aumentar la ilusion.
¿Veis de las gradas de ese augusto templo
Una solemne procesion bajar?
Por la vecina calle la contemplo
Sus alas misteriosas prolongar.
La flor de la nobleza va alumbrando,
Y visten todos funeral capuz,
El aire levemente va ajitando
En cada diestra una ominosa luz.
Tristes los rostros, el andar tardío,
Como agobiado de mortal dolor,
Viene despues el escuadron sombrío
De los ministros santos del Señor.
Ora en hondo silencio se adelantan,
Ora de triste música al compas
Lúgubres himnos fervorosos cantan,
Con que la pompa se realza mas.
Sobre andas anchurosas imitados
Van los tormentos que en Sion cruel,
A fin de redimir nuestros pecados,
Sufrió Dios mismo a su promesa fiel.
Aquí con sus azotes los judíos
Remudándose están de dos en dos
Para romper y desgarrar impíos
El cuerpo santo donde habita un Dios.
Y mas allá, del escuadron nefario
De sayones cercado va Jesus,
Sin fuerzas arrastrando ácia el calvario,
Sobre sus hombros la pesada cruz.
Viene luego la Vírjen congojosa,
La madre que, mirándole sufrir,
Parece al Padre Eterno lacrimosa
Por el cordero que olvidó, pedir.
En torno de las andas, ved! desnudos
A la mitad del cuerpo pecador,
Diversos penitentes marchan mudos
Lacerando sus carnes con furor,
Las sienes coronadas con espinas,
Ceñido el cuello de un cruel dogal,
Al golpe de aceradas disciplinas
Resurte un sanguinoso manantial.
Del pueblo que en reedor la marcha cierra
Miro la turba acrecentarse, hervir,
Y en medio del asombro que la aterra,
De pesadumbre y compuncion jemir—

—

La procesion desemboca
A la plaza principal,
Do se agolpa de tal modo
Del pueblo el hirviente mar,
Que a los que mecen sus olas
Respiracion falta ya.
Y en la terrible apretura

De aquel confuso ondular
Que envuelve de las tinieblas
El cobertor funeral,
Todos cuantos iban juntos
Divídense aquí y allá,
Buscando solo por donde
Escurrirse cada cual.
La marquesa entre el tumulto
Se halló por casualidad,
Que con Leonor asistia
A esta fiesta cuaresmal.
Largo rato, a pesar suyo,
Se ajitó en la tempestad,
Recibiendo aquí un pellizco,
Un empujon por allá;
Y cuando al fin sin aliento
Logra del turbion salvar,
Recobrada ya del susto
Y la congoja mortal,
Lo primero a que ella atiende
Es a ver en dónde está
Su prenda, que entre el tumulto
Se dejó tal vez atras.
Tiende en derredor la vista,
Pero ¡qué fatalidad!
A ninguna parte logra
Ni aun su sombra vislumbrar.
Perdida! esclama, y se vuelve,
Con un doloroso afan,
A mezclar en la apretura,
Sin temer la estrujen ya.
La llama, y solo responde
Del pueblo el sordo bramar;
Pregunta a todos por ella,
Nadie noticias le da.
Y cansada de pesquisas,
Viendo que son por demas,
A su casa se dirije,
Diciendo: «Allí debe estar.
«Permitidlo así, Dios mio,
«Y tened de mí piedad!»
A pesar de tanto abril
Que sobre sus miembros pesa,
Las calles rauda atraviesa
Como la brisa sutil.
Es su paso acelerado
Como el de Eulojio aquel dia,
Que ácia su mansion corria
Confundido y despechado.
Llega por fin, y pregunta
Con la congoja mas viva;
Mas al oir negativa
Cielo y tierra se le junta.
Nadie la ha visto volver,
Ni a darle noticia acierta,
Y ella, sin Leonor, desierta
Su casa imajina ver.
«Salgan todos a buscarla!
»Y que mi umbral nadie pise
»Sin que a lo menos me avise
»En dónde podré encontrarla.
«Llamen tambien al Marques»—
A este mandato imperioso,
Cada cual sale afanoso
Alas haciendo los pies.
Rejistran calles y plazas,
Templos y casas de amigas;
Pero ¡inútiles fatigas!
Que no encuentran ni las trazas.
Era ya la media noche,
Y Leonor no parecia,
Aunque revuéltose habia
La ciudad a trochemoche.
El marques está furioso
Y crece su rabia ciega
A cada nuncio que llega
Sin aviso venturoso,
«Torpes!» dice a sus esclavos,
«Vosotros teneis la culpa.»
Y sin admitir disculpa,
Les da bofetones bravos.
Todos huyen de su vista,
Pues parece un tigre fiero
Que no espera carnicero
Sino hallar a quien embista.—
Noche fué de triste duelo
Esta en casa del Marques:
Todo es llorar: todo es
Alzar plegarias al cielo.
Pero en vano, pues la aurora
Siguiente y otras vinieron,
Y las pesquisas siguieron,

Sin saberse de Leonora.
Era ya una especie cierta
Que o fujitiva o robada
Andaba la hija adorada,
Mas con quién? nadie lo acierta.
Por fin, al declinar el cuarto dia,
Se logra vislumbrar una esperanza,
Sabiendo que una hermosa en compañía
De un bello jóven ácia el sur avanza.
Por las señas que da la lengua impía
Que la amante pareja a la venganza
Denuncia del Marques, claro se infiere
Que a Eulojio y a Leonor mostrarse quiere.
No bien llegó al magnate aqueste dato,
Cuando se apronta él mismo al seguimiento,
Pues para castigar tal desacato,
Fuera un delito malograr momento.
Veinte jinetes en un breve rato,
Provistos de un insòlito armamento,
Parten veloces, y el Marques delante,
A quien Cosme acompaña en este instante.
Desmantelada y pobre una capilla
En el centro de humilde poblacion
Con los destellos moribundos brilla
Que está en su ocaso despidiendo el sol.
Un solo altar ocupa su testero,
No luce el oro ni la plata en él,
A cada lado un pobre candelero
Se vé con lumbre vacilante arder.
La imájen de Jesus crucificado
Se eleva sobre tosco pedestal,
La Vírjen amorosa está a su lado
Con pecho herido y lacrimosa faz.
Hondo silencio en la capilla impera,
Sin que murmure su oracion un fiel,
Y solo allí la brisa pasajera
Viene un lamento a introducir tal vez.
A su ruido el pájaro nocturno
Que en la bóveda encuentra habitacion,
Recuerda de su sueño taciturno,
Y hace crujir su chilladora voz.
Entonces, ai! parece de la tumba
Del que halló su postrer morada allí,
Que una plegaria dolorosa zumba
Pidiendo alivio a su cruel sufrir.
Solo está el templo, triste y silencioso;
Pero en su aspecto es fácil conocer
Que se prepara un acto relijioso....
Derrame Dios su bendicion sobre él!
Una puerta lateral
Se abre, y parece por ella
Eulojio: su faz destella
Un contento celestial.
Sin duda por mas decoro,
Va de uniforme vestido,
Que la púrpura ha teñido,
Dándole esmaltes el oro.
Mas de un premio de valor
Sobre el pecho está brillando,
Y rica espada colgando
De un labrado ceñidor.
Por la mano de su amante
Sigue Leonor conducida,
De oscura tela vestida,
Con un manto rozagante.
Ella no lleva otro adorno
Que su hermosura hechicera,
Va suelta su cabellara
El cuello halagando en torno.
Tan turbada está la triste,
Y su mirar es tan vago,
Que bien se vé que un aciago
Presentimiento la embiste.
Ni parece que ácia el ara
Viniera del himeneo,
Pues vacila como un reo
Que a su suplicio marchara.
No bien entra en el templo y se le ofrece
Delante el ara do va a ser su union,
Cuando tiemblan sus miembros, palidece,
Y volviéndose atras, clama ¡*Qué horror!*
Eulojio con dolor la reconviene
Por este inesplicable proceder,
Con que demuestra que a disgusto viene,
Cuando él un cielo ante sus ojos vé.
Ni por esto Leonor recobra aliento,
Antes parece su terror cundir,
Y en dolorido funeral acento
Que al bronce ablandaria, dice asi:
«Perdona, Eulojio mio, soi culpable!
Por ti mi hogar paterno abandoné,
Y sobre mí del cielo inexorable
El rayo se prepara a descender.»—
«Fantasmas de tu mente, dueño mio!

¿Crees que se oponga a nuestro afecto un Dios?
Él no es injusto como el mundo impio,
Y él nos vá a conceder su bendicion.»—
«Su bendicion! ¿No ves lo que yo veo?
¿Un féretro mortuorio allí no está?
¿No te hace estremecer aquel trofeo?
Ai ¡sácame de aquí—no puedo mas!
Puso término a esta triste
Y estraña conversacion
El cura que se presenta
Con los testigos en pos.
Al aspecto venerable
Del Ministro del Señor,
Leonor se esfuerza algun tanto
A ocultar su turbacion,
Y ya está mi suerte echada!
Dice con siniestra voz,
Y aunque trémula se deja
Conducir por su amador.
Ya están delante del ara
Frente uno de otro los dos,
Y el sacerdote en el medio,
Los testigos en reedor.
«Jurais, Eulojio, a la vista
Del divino Rendentor,
Pura fé y eterno afecto
A la que se halla ante vos?»
«Sí juro» sin detenerse,
Alegre Eulojio esclamó.—
«¿Y vos, señora, jurais
Que siempre en el corazon
Eulojio el último objeto
Ha de ser de vuestro amor?»
Antes de que la jóven respondiera,
Sordo ruido resonó remoto,
Como si aproximándose viniera,
De asolacion preñado, el terremoto.
Es semejante el ruido que se escucha
Al que hace en medio de la noche umbría
Cuando asalta al redil con rabia mucha,
De hambrientos lobos la manada impia.
O al que a veces asusta a un delirante
Que on tormentosa convulsion perplejo,
Está viendo a la muerte a cada instante
Aproximar su fúnebre cortejo.
Suspensos quedan todos y aturdidos
Con este amago de terrible agüero,
Y mas cuando perciben los sonidos
De voz furiosa y de enemigo acero.
Falta de aliento casi, ácia la entrada
Vuelve la vista la infeliz doncella,
Y se siente de horror petrificada
Viendo a su padre aparecer por ella.
Diabólico mirar en el semblante
Desfigurado del Marques fulgura,
En su diestra una espada relumbrante
Al rayo vengador se me figura.
Sus vestidos están llenos de lodo
Cual si de largo viaje se apeara:
Ánjel de perdicion parece en todo,
Que al moribundo pecador se encara.
«Prendedlos!» grita al escuadron de siervos
Que auxiliar de sus iras trae consigo,
«No respeteis a nadie! Los protervos
«Segun su ofensa sufrirán castigo!»
A este mandato, cuyos ecos zumban
Por la capilla amenazando horrores,
Ácia el grupo indefenso se derrumban
Del Marques los armados servidores.
Leonor lanzando un grito doloroso,
Sobre el seno de Eulojio desfallece,
Marchita flor que al vendabal furioso
El tallo rinde, y sin sosten perece.
Ciñela su amador en tierno abrazo,
Y aprestándose él solo a la defensa,
Juzga que ha de bastar su heróico brazo
Para triunfar de muchedumbre inmensa.
Ya en su diestra reluce el fuerte acero,
Y ya amenaza en furibundo tono
Con muerte inevitable al que primero
Ose de cerca provocar su encono.
En vano el sacerdote se adelanta,
Y en alta voz les pide consideren
Que es de Dios mismo la morada santa
La que sus iras profanar hoi quieren.
El bravo capitan, solo atendiendo
A rechazar el enemigo empuje,
Es fiera que a sus hijos defendiendo
La garra afila y los colmillos cruje.
Él sonrie de triunfo y de alegría
Viendo que llega la ocasion ansiada
De librar a Leonor de su agonía
O de morir en brazos de su amada.
Uno de los contrarios acercarse

Osó, impelido de indiscreto celo:
Del primer tajo Eulojio sin turbarse
Hizo rodar su brazo por el suelo.
Y la sangre en hirvientes borbotones
Del mutilado miembro resaltando,
Hace ciar los bárbaros sayones
Que se acercaban con furor infando.
En vano el Marques les clama
Que no abandonen su presa,
Pues la medrosa sorpresa
Hielo en sus venas derrama.
Y todos temen hallar
La suerte del compañero
Que con grito lastimero
Hace el templo resonar.
El Marques que ya no alcanza
A moderar su impaciencia,
Ni tolera resistencia,
Hierro en mano él mismo avanza.
Y así grita en su despecho:
«O viles! que en vano traje,
»Vereis si él tiene coraje
«Para herir tambien mi pecho!»
A esta voz cual si fuera la que un dia
Ha de llamar a juicio al pecador,
Del desmayo profundo en que yacia
Se ve volver a la infeliz Leonor.
Trémula, helada, respirando apenas,
Y el triste rostro en palidez mortal,
Con las pupilas ¡ai! de llanto llenas,
Hermosa imájen de un dolor fatal,
De los brazos de Eulojio se desprende,
Y avánzandose en medio, dice así:
«Padre mio! yo soi quien os ofende,
»Yo la sola culpable: heridme a mí.
»Pero vos no dareis injusta muerte
»A aquel que solo por mi amor faltó.
»Ni vos, Eulojio, agravareis mi suerte,
»Amenazando al que el vivir me dió.
»Ya la sangre ha corrido!... Ai Dios! Mis ojos
»Tu templo santo reteñir la ven!
»Calmad, calmad, Dios mio, sus enojos,
«Y un parricidio no sufrais tambien....»
Así diciendo, Leonora
Las manos al cielo alzaba,
Mientra el llanto destilaba
De su vista encantadora.
Sus labios en contraccion,
Arco trémulo formando,
Están sin hablar mostrando
Lo que sufre el corazon.
Y al mirar aquel semblante
Tan bello y tan aflijido,
Sintiérase enternecido
Un corazon de diamante.
Contúvose el padre fiero,
De sí mismo avergonzado,
Y dijo, casi ablandado:
«Que se rinda solo quiero!»
—«Que te rindas, Eulojio, ¿lo has oido?
Lo que no hizo el temor, hazlo por mí.
Nuestro destino adverso lo ha querido.
¿De qué aprovecha resistirle aquí?»
«Tú pudieras triunfar de tus contrarios:
A todo basta tu valor: lo sé.
Pero ¿qué sirven triunfos tan precarios,
Si el mundo en ellos mil delitos vé?»
«Tú me has visto seguirte al pié del ara
Para jurarte sempiterno ardor.
El cielo no dejó que yo acabara
Mi promesa, ¿quién vence su rigor?»
«Es forzoso ceder, Eulojio mio,
Y no pugnar contra el torrente aun,
Si nuestro amor condenan como impío
El cielo y tierra en aversion comun....»
«Mas tú vacilas ¡ai! y aunque me sientes
Tu mano entre las mias estrechar,
Y aunque miras mis lágrimas ardientes
Al son de mis jemidos resbalar.»
«Temes que el someterte mengua sea
Con que se manche tu luciente honor,
Y en tu diestra irritado aun centellea
El ministro fatal de tu valor....»
«Ven a triunfar primero ante las aras
Oyendo el voto con que a tí me entrego,
Y vé si todavia te preparas
A resistirte a mi doliente ruego.»
«O tú solo mortal a quien el alma
Adoró desde el punto en que te ví,
Tú cuya vista mis tormentos calma,
Sin el cual no hai contento para mí,
«Yo te juro a la faz del mundo entero,
Te juro en la presencia del Señor,

Que si me apartan de tu lado, muero,
Desde hoi es tuya la infeliz Leonor! »—

Oyendo tal juramento,
Ciego el Marques de furor,
Acia su hija avanzaba
A partirle el corazon.
«Teneos! gritóle Eulojio
Con una imponente voz,
«Yo he triunfado.... A vuestro turno
Vais a triunfar tambien vos.
No niego que os he ofendido,
Y aunque bien pudiera yo
Deciros que no hice en esto
Sino volver por mi honor,
Ni trato de disculparme,
Ni imploro vuestro perdon.
Yo sé mui bien lo que puedo
Esperar de un gran señor.
Ahí teneis a vuestras plantas
El acero que me dió
Mas glorias y mas nobleza
Que vuestra alcurnia os dió a vos,
El que me habia hecho digno
De un tratamiento mejor,
Si al mundo no avasallara
Injusta preocupacion.
Haced de mí a vuestro antojo,
Vuestro prisionero soi,
Y no me asustan venganzas
Que aun la muerte es un favor.
Solo por ella, tal vez....
Mas seria agravio atroz
Temer que, siendo su padre,
La negaseis su perdon!»

Dijo y su espada a los piés
Del Marques fiero arrojó,
Para aguardar su destino
Con firme resignacion.
El padre injusto amarrarle
A sus siervos ordenó,
Y lanzáronse a él los viles,
Como se lanza al leon
Desangrado, la caterva
Que ante su saña tembló.
Ni una queja virtió Eulojio
Ni muestra dió de dolor,
Mientras las manos le ataban
Sin respeto o compasion.
Solo cuando vió al Marques
El brazo asir de Leonor,
Y apretarlo y sacudirlo
Con violencia tan atroz,
Que la hizo exhalar un ai!
Al impulso del dolor,
Solo entonces un suspiro
Salió de su corazon,
Y en su párpado agobiado
Una lágrima asomó.

Cura, testigos y amantes,
En prisionero convoi,
Salieron, cercados todos
Del Marques y su escuadron.
Por un momento sus pasos
Irse alejando se oyó:
Pero se perdió el ruido,
Y el templo solo quedó.

—

CANTO TERCERO.

Cielos! venir al mundo! ¿Y qué es el mundo?
Los sabios le han llamado justamente
El valle del dolor, y me confundo
Al ver que el hombre abandonarlo siente.
Solo el Criador con su saber profundo
Pudo hacernos amar tan locamente
Esta mansion en que sufrimos tanto,
Pagando con mil penas un encanto!

Hombre indolente, acercate! en tus labios
Olea blandamente la sonrisa,
Y en tu perpetuo gozo ni aun resabios
De antiguos duelos el comun divisa;
Mas dime si reputas como sabios
A aquellos que observándote de prisa,
Propalan que jamas angustia sientes?
Si tú lo afirmas, yo dirè que mientes;

Y sostendré que apenas comenzaba
Tu espíritu infantil a abrir los ojos,
Del mundo en el jardin ya contemplaba
De trecho en trecho jerminar abrojos;
Y aunque tu sol en su zenit brillaba,
En tu horizonte nubarrones rojos,
Cual sombras aterrantes parecian,
Que enlutar su esplendor fieras querian.

Pero corriendo tus felices años,
Se iba aumentando mas la sombra densa,
Llegando entre terribles desengaños
Tal vez a hundirte en lobreguez inmensa,
Y entonces para alivio de tus daños
Ibas buscando por la niebla estensa
Un astro que guiase tu camino,
Y ese era el rostro de tu amor divino.

Mas, ai! lejos de hallar en su mirada
La dulce compasion de tu amargura,
Veíasla quizá tibia y helada
Reir, y de tu propía desventura
Hacer alarde.... ¿Tu alma desperada
No deseó en tan triste coyuntura
Que no fuese un delito tan villano
Darse la muerte por su propia mano?

Tú jemiste en silencio, y aun llegaste
A fuerza de dolor y de despecho
A triunfar de tu suerte: en el contraste
Bronce insensible se volvió tu pecho,
Así como no hai tósigo que baste
A privar de la vida al que se ha hecho
Larga habitud de su terrible prueba,
Y es vano ya que en profusion lo beba.

Y tu presente risa es ironía,
Una ironía amarga, engañadora,
Porque bien sabes que en la tierra impía
No encuentra simpatías el que llora.
Tienes razon! Fuerza es que el hombre ria
Mientras en la alta habitacion no mora,
Donde a su Dios con dudas mil no ofenda.
—Volvamos entretanto a la leyenda.

Que voi a describir en tosco estilo
Una sesion de la Real Audiencia,
Y si en forense confusion me enhilo,
Benévolo el lector tendrá paciencia:
Si él es juez o letrado, que tranquilo
No tache mi labor de impertinencia:
Pinto el foro del siglo que pasó,
Porque el presente marcha *Comme il faut.*

Figurémonos, pues, una gran sala
De bajo techo y polvorientos muros,
Cuyo alfombrado es una jerga rala,
Cuyos asientos son escaños duros:
Ostenta el arteson por rica gala
Pintada a la Justicia, que sus puros
Fallos consulta en imparcial balanza,
Armada del puñal de la venganza.

Bajo un dosel de oscuro terciopelo
Cinco oidores se ven encaramados
Sobre poltronas, con su faz de hielo
Grande nariz, cabellos empolvados:
Sendas golillas con erguido vuelo
Tienen, y en anchas togas sepultados,
Con pompa y majestad se contonean,
Y sin cesar sus ojos pestañean.

Hai frente de ellos una mesa vasta
Que reviste de púrpura un tapete,
Al medio otra menor, donde se gasta
Del relator el triste sonsonete.
Fiero el marques, cuyo rencor no basta
A saciar el destierro ni el grillete,
Y venganza mortal pide inhumano,
En pié se encuentra a la derecha mano.

Protéjele un doctor, cuya esperiencia
Merece a todos reverente aprecio,
Su persona es tan ancha cual su ciencia,
Y para acusador no tiene precio.
Mas tan pagada se halla su conciencia
De su mérito propio, que de necio
Parece que tratara su insolente
Mirada a otro doctor que se halla enfrente.

El cual defiende al reo, y faz enjuta
Tiene, y cuerpo delgado como alambre,
Es diestro en embrollar una disputa,

Y hacer de falsas citas un enjambre;
Pero el pueblo por sabio le reputa,
Porque empezando a hilar el largo estambre
De su difusa estrepitosa arenga,
No hai freno ya que su furor contenga.

Cerca de él está Eulojio: a la cintura
Lleva cadena que a sus pies desciende,
Y sus manos tambien esposa dura
Con injusto rigor aprieta y hiende:
Está casi encubierta su figura,
Pues sobre el seno su cabeza pende,
Aunque la turba que le mira atenta,
No halla de palidez su faz exenta.

Si es cierto su dolor, si en desaliento
Se encuentra Eulojio, no es que le acobarde
Un secreto interior remordimiento,
O su sentencia con terror aguarde.
Pero hallarse en tan triste abatimiento!
Ver a su fiero acusador alarde
Hacer de la opresion en que le tiene!.....
¿Por qué la muerte de una vez no viene?...

Luego que el escribano del proceso
La relacion monótona concluye,
El fiscal con razones de gran peso
Entabla su filípica, y arguye
Citando leyes en profuso esceso,
Y mas de un escritor que mucho influye,
Y exije al fin la muerte sin dispensa
Para el autor de tan horrible ofensa.

Pidió tras él el defensor permiso,
Y dijo: «Es de alabar la sabia argucia
Con que mi contendor nada conciso
Casi a mi pobre parte desahucia;
Pero yo voi a darle un buen aviso,
Y es que las costas pagará su astucia:
Tan cierto me hallo de probar que Eulojio
Castigo no merece sino elojio.»

«*Primum!* La lei que el adversario cita
No es aplicable aquí sin que se tuerza
Su sentido, pues ella se limita
Al que roba muchachas por la fuerza.
Mirad a fojas treinta y tres escrita
La absolucion de Eulojio: allí se esfuerza
Leonor en inculcar que por su gusto
Dejó la casa de su padre injusto.»

«¿Y quién dice que fugas semejantes
Merezcan escarmiento? El griego, el godo,
Y el persa y el frances qué hacian antes
Si los padres les daban con el codo?
¿Quién dirá que los Dioses son tunantes?
Pues jamas perdonaron ningun modo
De obtener del amor la dulce copa;
Dígalo el toro que arrebata a Europa.» [1]

«Aun hai mas: estos robos a menudo
Han producido imponderables bienes,
Naciendo de ellos un varon membrudo
Que en verde lauro coronó sus sienes.
Y o tú, imponente Roma! yo no dudo
Que si mil pueblos a tus plantas tienes,
De las Sabinas lo debiste al robo!
Quien no lo confesase fuera un bobo.» [2]

Causó al principio risa mas que enojo
A los jueces discurso tan agudo,
Despues uno empezó a cerrar el ojo,
Otro un bostezo reprimir no pudo:
Escapóse un respingo al menos flojo,
Y al que era mas alegre un estornudo,
Y al fin y al cabo se durmió el Rejente,
Cansado ya de su papel de oyente.

Mas despertole Eulojio que abrasado
Como una grana levantando el rostro,
«Basta, señor,!» le dijo a su letrado,
»Que tanta necedad ya yo no arrostro.
»Señores, continuó, yo que un soldado
»Solo he sido hasta aquí, cuando me postro

1 Alusion al robo de Europa por Júpiter en figura de toro. (El A.)

2 Por si alguno encontrase inverosímil este modo de argumentar del abogado de Eulojio, debo prevenir aquí que esta imitacion no hace mas que dar una idea mui remota de los discursos de aquellos tiempos. Cualquiera que haya rejistrado algunas pájinas de los manuscritos sobre la historia del pais, que existen en nuestra Biblioteca, se habrá quedado asombrado de hallar que por lo menos sus dos terceras partes se pierden en digresiones y comparaciones fundadas sobre la historia antigua, y la Mitolojia. (El A.)

»A pediros de hablar justo permiso,
»No os pienso fastidiar: seré conciso.

«Toda mi desventura ha procedido
De haber amado con ardor estremo,
Y de haberme la suerte concedido
Correspondencia de mi bien supremo:
Leonor por su cariño me ha seguido,
Y a mi conciencia contrariar no temo
Asegurando aquí que su pureza
No tuvo que sufrir de mi terneza.»

«Para hacerla mi dueño, para darla
Por siempre de mi pecho el señorío
De su mansion me resolví a sacarla.
Es verdad que sus padres con impío
Desprecio me prohibieron adorarla;
Mas la sola razon de su desvío
Fué no haber yo nacido en alto puesto:
Toda mi culpa atroz consiste en esto.»

«Ahora, pues, preguntad (siguió mostrando
Un alto y venerable crucifijo,
Que al juez que el cielo habita recordando,
En frente al tribunal se hallaba fijo)
Preguntad a ese Dios si él espirando
En los tormentos de la cruz, maldijo
La estirpe mia, o si al rendir su aliento
Abrió a todo hombre el celestial asiento.»

«Mas si el juez de la tierra halla por justo
Que solo por quien soi se me castigue,
Ni os tacharé por vuestro fallo augusto,
Ni menos pediré que se mitigue.
Tanto he sufrido ya, tanto el injusto
Destino ha largo tiempo me persigue,
Que lejos de inquietarme por mi suerte,
Casi os suplico sentencieis a muerte.»

Dijo: el fiero Marques con rostro arisco
Lanza al mirarle por los ojos fuego,
Y el influjo mortal del basilisco
Quisiera que sobre él tuviesen luego:
En lenguaje violento como el risco
Que de alto monte se desprende ciego,
«Malvado!» prorrumpió, «¿juzgas que sea
Poca falta que un vil de tu ralea

«Contaminar con su mirada impura
La tierna flor de mi esperanza osase,
Y el cristal que halagaba una aura pura
Con su aliento pestífero empañase?
¿Quién eres, dime, tú, funesta hechura
Del capricho de un jefe, y en qué base
Disculpas forjas a tu arrojo indino,
Vil robador, sacrílego asesino?»

Fuerte campanillazo en la ancha mesa
Del Tribunal sonó, mas no bastara
A calmar del Marques la furia aviesa,
Si Eulojio en voz de trueno no esclamara:
«¿Quién soi yo, me decis? A toda priesa
Cualquier campo de lid os contestara
Esa pregunta que me haceis triunfante,
Si vos los consultasteis un instante.»

«Mucho tiempo hace ya que una batalla
En Chile no se dió, sin que mi pecho
O el de mi padre fuesen dura valla
Al furor enemigo; y a despecho
De ese orgullo feroz que en vos estalla
Gloriosos nuestros brazos nos han hecho;
Buscad en tanto vos los grandes hombres
De vuestra alcurnia, y repetid sus nombres!»

«¿Yo hechura de un capricho? Pero acaso
Los ascendientes vuestros algo fueron,
Mientras vertiendo el oro a cada paso
Una venal nobleza no obtuvieron?
Como hez inmunda en reluciente vaso,
Su baldon en un título escondieron,
Y porque así no quise yo ilustrarme
Pensais que sin temor podeis hollarme?»

«Si al padre de Leonor en vos no viese,
Marques, yo vuestro rostro escupiria....
Señores, perdonad que así se esprese
Mi dolor un instante. ¿No podia
Su rabia contentar que yo estuviese
Aquí aguardando la sentencia mia
Lleno de grillos e ignominia suma
Como al que un crímen horroroso abruma?»

«¿Era tambien preciso que el ultraje
Viniese a completar la obra inhumana,
Y que en silencio vil yo ni el coraje

Tuviese de humillar su audacia insana?
Sacrílego asesino en su lenguaje
Furioso me ha llamado, y esta vana
Inculpacion es fuerza que confunda
Antes, o jueces, que en silencio me hunda.»

«Sangre en el templo derramó mi espada,
Mas fué por defenderme, fué, señores,
Por salvar a mi amante refujiada
Junto a mi corazon de sus furores.
Si vuestra alma no ha sido siempre helada
De la pasion mas tierna a los ardores,
Solo haré esta pregunta a vuestro pecho:
«En situacion igual ¿qué hubierais hecho?»

Así termina Eulojio, y el semblante
Volviendo a doblegar sobre su seno,
Sonaron sus cadenas un instante,
Luego quedó de movimiento ajeno.
El gran concurso que le oyó anhelante,
De entusiasmo y piedad a un tiempo lleno,
Alzó de aprobacion sordo murmullo,
Del Marques reprobando el fiero orgullo.

El cual quisiera hablar, y aun mas vehemente
Dar curso a la ira que su aliento exhala,
Pero la campanilla del Rejente
Sonó, mandando despejar la sala.
No fué largo el acuerdo, y nuevamente
Al reo que aguardaba en la antesala,
Entrar y arrodillarse le mandaron,
Y así el injusto fallo le intimaron.

«Una doncella robasteis
Pura, noble y sin mancilla,
Y una sagrada capilla
De sangre humana empapasteis.
Las leyes que quebrantasteis
Reo de muerte os reputan,
Mas vuestros jueces computan
Lo que a Chile habeis servido,
Y en destierro indefinido
De este reino os la conmutan.»

—

A ninguno esta sentencia
Pudo allí contento hacer,
Y el pueblo dejó entender
A las claras su impaciencia.
Eulojio con ironía
Dió gracias al Tribunal,
Y el Marques con infernal
Furia el labio se mordia.
Una mirada volcánica
A los jueces arrojó,
Su rostro desfiguró
Una sonrisa satánica.
Y murmurando se fué:
«Si ellos en poco han tenido
«La ofensa que he recibido,
«Yo mismo la vengaré!»

Condujeron a Eulojio al triste encierro
De lóbrega mansion, de do debia,
Al primer rayo del siguiente dia,
El camino emprender de su destierro.
Allí, como en la tumba se sepulta
Cadáver yerto en impasible calma,
Frio ostentando su firmeza de alma,
El reo al vulgo observador se oculta.
Mas ai! Cuando a la hora señalada
Los ministriles a sacarle entraron,
Sola y desierta la prision hallaron,
Y su cadena en tierra destrozada.
Dan voces, se amenaza al carcelero,
Rejistran la prision, jente se invoca,
Por la ciudad y campos se desboca
Buscando a Eulojio un escuadron entero.
Levanta una sumaria el escribano,
Y jura el alguacil, la Audiencia amaga;
Pero ni una vislumbre incierta y vaga
Vino a aclarar las sombras de este arcano.
Las beatas decian que un prodijio
Esta desparicion era sin duda,
Que una horrible lejion de diablos muda,
Llevóse al preso sin dejar vestijio.
A fin de autorizar error tamaño,
Cuentan que a media noche una vecina
Se asomó para ver quién orijina
Rumor que siente por la calle estraño,
Y alcanzó a distinguir con gran sorpresa
Cuatro ardientes demonios que salian

Del cuartel, y a caballo conducian
En hórrido silencio humana presa.
El que priva por ser menos iluso
Pretende que un amigo la cautela
Con oro adormeció del centinela,
Y en libertad al prisionero puso.

Entre tanta confusion
De conjeturas diversas
Solo algunos por Eulojio
Peores sucesos recelan.
Estos son los que conocen
Del Marques la impia tema,
Y saben que en él el odio
Es carcoma que se aferra
De un tronco, y no le abandona
Hasta tornarle en pavesa:
Los que saben que en la noche
Del dia en que dió sentencia
El Tribunal contra Eulojio,
Èl de su casa saliera
Oculto, sin dar noticia
Del objeto que le lleva,
Ni decir a dónde vaya
Ni cuándo será su vuelta,
Seguido de cuatro esclavos
Que a todo trance obedezcan,
Y que aun el puñal esgriman
Al menor jesto que entiendan!—
Dos auroras han pasado
Sin que de ellos nadie sepa,
Así como ignoran todos
La suerte que Eulojio tenga.
¿Y quién puede imajinarse
Lo que en vista de esta ausencia
Sufrió la triste Leonora,
De horribles recelos llena?
Ella adora ¡ai infelice!
Ella por larga esperiencia
Sabe que antes que su padre
El tigre su rabia enfrena;
Y está viendo al hado adverso
Tan tenaz en ofenderla
Que abrigar no osa un instante
Leve esperanza risueña.

Por fin al tercero dia
Estuvo el Marques de vuelta,
Sereno el rostro, y el alma
Al parecer satisfecha.
En lugar de la sombría
Meditabunda apariencia
Que él al partirse llevara,
Sus facciones mas abiertas
Mostraban que sus pesares
Ya le inquietaban apenas,
Fuese por estar vengados,
O porque a olvido los diera.
Solo la amante Leonora
Mirando esta calma tiembla,
Y que es la nieve que encubre
Un volcan furioso piensa.
Aun juzga que de su padre
En la mirada siniestra
Hai algo que está anunciando
Criminal accion sangrienta;
Pues en torno sus pupilas
Los párpados que blanquean
Manchas rojas de repente
De infausto agüero presentan;
Y cuando alguno de Eulojio
El escape le recuerda,
Vagan atroces sus ojos,
Aunque él finja indiferencia.
Convirtióse en certidumbre
El temor de la doncella,
Cuando un esclavo entrególe
Una carta con cautela.
Un retrato dentro habia,
Y con sangre cuatro letras
Mal trazadas, con las cuales
Darian horrible nueva,
Porque alarido espantoso
Lanzó la triste al leerlas,
Y quedó por largo tiempo
En hondo estupor envuelta.

Pocos dias despues, una mañana
De las postreras del templado abril,
De un convento de Monjas la campana
Los aires hiere en vibraciones mil.

El sol que ostenta su esplendente llama
Sin un celaje por la esfera azul,
Sobre apiñados grupos la derrama
Vestidos de manton y negro tul.

Mujeres son que corren la ancha via
Que conduce ácia el templo del Señor,
Dando a su andar veloz nueva enerjía
De la campana el lúgubre clamor.

«Ya no vamos a hallar hueco ninguno,»
Una beata esclama por aquí—
«Ai, niña! si es horror: monjío alguno
«De tanta bulla y confusion no vi.»—

«Dicen que ella va a ser sacrificada!»
Una bella susurra mas allá—
«Harto lo ha merecido la malvada!»
Responde en voz severa la mamá.

«Pol recita!» una vieja solterona
Dice, ostentando falsa compasion,
«De aquella que a sus gustos se abandona
«Estos al fin los desengaños son!»—

Así van hablando, y el paso aceleran,
Pues ya desesperan
Poder del monjío los lances contar.
Inútil empeño, y estímulo vano!
Que desde temprano
De jentes el templo se vé rebosar!

—

Mil luces en sus aras centellean
Aumentando del sol el brillo inmenso,
Y por su ámbito vasto se pasean
Espesas nubes de oloroso incienso.

Ya son las once, y reparar se deja
Bien la inquietud con que el concurso aguarda,
Cuando se corre el velo tras la reja
Que el santo coro del convento guarda.

Por sus dobles hileras de pilares
Atónita la vista se estasia,
Admirando los tétricos lugares
Donde al Señor se invoca noche y dia.

¿De dónde viene ese clamor profundo
Que súbito amedrenta el corazon?
Parece que cien voces de otro mundo
Acordes alzan funeral cancion!

Se siente discurrir por los recintos
Internos esa triste cantilena,
Ya se oyen sus acentos mas distintos,
Y ya del coro los espacios llena.

Envueltas en sus lúgubres sayales
De monjas aparece doble fila,
Y sin mirar al pueblo, con ciriales
En misteriosa lentitud desfila.

Un momento su paso ha detenido,
Y hasta los cielos su clamor se alzó,
El órgano con eco interrumpido
Su entonacion funesta acompañó.

Mas vedla ya marchar, ¡Cuánta fantasma
Solo a su voz atenta desparece!
¿Es ilusion de un sueño que me pasma,
Y para siempre al despertar fallece?

A la puerta del convento
Corre el pueblo en confusion,
Y acudir por dentro siento
Ácia allí la procesion.
Tambien al Marques severo
Y a la Marquesa yo miro,
Y a su presencia suspiro,
Porque la víctima infiero.

—

La vasta puerta de repente abrióse,
Y lo interior del claustro descubrióse,
La procesion sombría allí se hallaba,
Y ante el umbral al mundo presentaba
Un momento a Leonora,
Hermosa como siempre, encantadora,
Coronada la frente
De perlas con diadema reluciente,
Y ostentando mas lujo en su vestido
Que jamas el oriente ha producido:
Era la triste un sol que relucia

Mas brillante que nunca en aquel dia
Para eclipsarse eternamente: era
Una mansa cordera
Que sin quejarse de su amarga suerte,
Iba sumisa a recibir la muerte.

Cubre su frente palidez süave,
Pero indicios no da de pena grave,
Su tranquila mirada;
En tierra está clavada,
Y en sus mejillas que la fresca rosa
Como antes ya no esmalta esplendorosa,
Solo de cuando en cuando se aparecen,
Cual fujitivas sombras que incesantes
En sueños ven pasar los delirantes,
Leves manchas que pronto desparecen.

Y en su aparente calma
Del interno dolor que sufre el alma
Solo se ven indicios algo ciertos
En sus cárdenos labios entreabiertos,
Que a veces un temblor rápido ajita,
Como cuando una ráfaga lijera
La superficie de algun lago altera.—
Su seno ora palpita
En conmocion estraña,
Mas ora inmóvil respirando, engaña.—

Era la paz que el firmamento ostenta
Cuando feroz se acerca la tormenta,
Y al horizonte sube
Cual punto leve imperceptible nube.—

Mas el nevado encaje
De su costoso traje,
Símbolo de su cándida inocencia,
Le infunde una apariencia
Tan celestial y pura,
Que el vulgo ver en ella se figura
Una paloma que ácia el alto cielo
Va suavemente a remontar su vuelo.—

A fin de darla el postrimer abrazo,
La Marquesa sus pasos avanzó,
La jóven al mirarse en su regazo
Ni estremo afecto ni aversion mostró.

Solo una bella lágrima temblante
Se miró de sus párpados correr,
Reconvencion que un pecho sollozante
Daba a una madre injusta al perecer!

Abrazarla el Marques quiso a su turno,
(La ceremonia lo pedia así)
Mas cual si espectro aterrador nocturno
Fuera, la jóven le alejó de sí.

Asombráronse todos, y la madre
Reprendiendo su arrojo con furor,
«¿Te olvidas, esclamó, de que es tu padre?»
—«Dejólo ya de ser!» dijo Leonor,

«De sangre nos divide un mar horrendo,
Un mar que él nunca apartará de sí.
¿Su injusta voluntad no estoi cumpliendo?
Y qué mas tiene que exijir de mí?»—

Así esclamando temblaba
Como la hoja sacudida,
Y de su vista encendida
Vivos rayos arrojaba.
De escándalo el pueblo lleno
Por un momento encontróse;
Pero al punto adelantóse
La procesion, y en su seno
Quedó la víctima oculta,
Como débil navecilla
Que hecha pedazos la quilla,
En las ondas se sepulta.—
La puerta volvió a cerrarse,
Y la mística harmonía
Lentamente se entendia
Por los claustros alejarse.
Pronto en el coro volvieron
A entrar las monjas cantando,
Y los cirios apagando,
A sus asientos se fueron.

Quedaron solo dos junto a la silla
Que en medio el coro ocupa la abadesa,
Y Leonor, indefensa cervatilla,
En medio de ellas para ser su presa.

De sus ricos vestidos la despojan,
Y los joyeles de su cuello y sien
Como galas inmundas los arrojan
Sobre el polvo en fanático desden.

Y luego sus suavísimos cabellos
Que descendiendo hasta los piés están,
Pasando el hierro cortador por ellos,
Tambien al suelo sin dolor los dan.

Leonor los vió caer, y aunque sus ojos
Sobre ellos un instante se fijaron,
No sin pena mirando esos despojos
Que un dia mil bellezas envidiaron,

Empero esta afliccion presto borróse,
Y por su mente tan veloz pasó,
Cual muere la ola que en tormenta atroce
Bramando en medio de la mar se alzó—

¿Por qué sentirlos ya, si ella no ignora
Que aquel que un tiempo los amó tan fiel,
Es un cadáver insepulto ahora,
Y ya no puede disfrutarlos él?....

A vestirla del saco se preparan,
Pero al quitarla su postrer adorno,
Que era un verde jubon, cielos! reparan
Oculta cinta de su cuello en torno,

De la que pende con esmalte vario
De oro y rubies, cual brillante estrella,
Y a guisa de devoto relicario,
De hermoso jóven miniatura bella.

Pretenden arrancársela al instante,
Pero Leonor su intento previniendo,
La aferra entre sus manos anhelante,
Y resiste impertérrita diciendo:

«No, no puedo cederos mi tesoro,
El solo bien que me dejó la suerte,
Si no os ablanda mi doliente lloro,
Antes que os lo lleveis dadme la muerte.»—

«¿Qué es lo que haceis?» esclama la abadesa
A este altercado con severo tono—
«Es un retrato!» dícenle de priesa
Las despojantes con piadioso encono—

«De quién?»—De un jóven!»—Padre Dios Eterno!
Y en estos sitios conservar desea
Todavia esa alhaja del infierno!
Que yo en el polvo sin tardar la vea!»—

La jóven con gran dolor
Tuvo que ceder su prenda,
Última querida ofrenda
Que Eulojio hiciera a su amor.
Mas ai! desde aquel instante
A impulso de su amargura,
Se apoderó la locura
De su mente delirante.
Y olvidando lo pasado,
Insensible a lo presente,
Fué solo un eco doliente
Del huracan que ha acabado.—

Apenas revestida la tuvieron
Del áspero sayal y ancho ropon,
Cuando ácia la Abadesa la impelieron
A hacer su respetuosa sumision.

Leonor obedeciendo reverente
Se arrodilló delante del sitial,
Y recibió sobre su helada frente
La sacrosanta bendicion claustral.

Levantóse despues, y en torno al coro
Las monjas todas abrazando fué,
Parecida a un brillante meteoro
Que por las tumbas divagar se vé.

Luego que visitó con paso lento
Tanta fantasma muda y sin sentir,
Que solo se movia en el asiento
Su fraternal abrazo a recibir,

De las rejas del coro cerca viene
Do los padrinos alumbrando están,
Doblega las rodillas, y sostiene
Con su derecha un cirio que le dan.

E inclinados los ojos, ella escucha
La plática del padre confesor,
Que se prepara en elocuencia mucha
A ser la lengua del divino amor. —

Mas era tanto el jentío,
Y asi por ver se agolpaba
A las rejas, que ya ahogaba
Padrinos y confesor—
El cual clamaba en su aprieto;
«Qué irreverencia es aquesta?
Solo por ver una fiesta
A Dios perdeis el respeto?»
«Ea! pues, profano vulgo,
Despejad que ya me ahogo,
Si no me dais desahogo,
Como hai Dios, que os descomulgo»
Gritando así, se enrojece
Su rostro como un tomate,
Mas no por eso el embate
Del fiero tropel descrece.
Viendo al fin que en balde chilla,
Resuelve no estar en bajo,
Y no sin grande trabajo
Se sube sobre su silla. —
Allí luego su discurso
En dos partes dividiendo,
Una reseña fué haciendo
Del destino mundanal:
Las espinas que entre flores
Al que lo sigue depara,
Y su sinsabor compara
Con la beatitud claustral.
Adujo diversas citas
De la escritura sagrada,
Y aunque nadie entendió nada,
A los mas los convenció. —
Leonor, con la vista fija
En tierra, le estuvo oyendo,
E ir en su rostro cundiendo
Mortal palidez se vió. —
Pero cuando el sacerdote
La dijo: «si un dia, hermana,
»Alguna pasion profana
»Pudo ajitaros tal vez,
»Ai! relegadla al olvido,
»Porque esta mansion dichosa
»A la que en Dios no reposa,
«Solo es mortal lobreguez.»
Entonces los ojos la mísera alzando
Vidriosos y turbios como ojos de un muerto,
Y en risa frenética al pueblo mirando,
Decir algo quiso su labio entreabierto,
Mas ai! como suele en invierno aterido
Helarse la lluvia en el aire al caer,
Tan solo lanzaron horrendo alarido,
Sin que una palabra pudiese correr.
Su vista fijóse, sus miembros temblaron,
Un vértigo horrible su frente sintió:
Sin fuerzas el cirio sus manos soltaron,
Y al fin sobre el suelo su cuerpo cayó. —
Absorto su arenga cortó el predicante,
Pasmado sintióse el concurso quedar,
Las monjas corrieron el velo al instante,
Que vino esta escena horrorosa a ocultar.

Media noche va a sonar,
Brilla en el cielo la luna,
Mas tal vez una importuna
Nube la viene a entoldar:
Nube que se ve rodar
Negra, ominosa y tardía,
Que a cada instante varía
Su fantástico contorno,
Y parece un triste adorno
Puesto en salon de alegría.

Los campos y la montaña
Ora hermosos resplandecen,
Ora en partes se oscurecen
Cuando la luna se empaña.
Y así en variacion estraña
De trechos de luz y sombra
Vagando el alma se asombra,
Y sumida en amargura,
Imájen a la natura
De la humana suerte nombra.

El viento apenas suspira,
Y el aire sin movimiento,
Deja oir el rumor lento
Del rio que tardo jira.

Solo rara vez se mira
Algunas ráfagas flojas
Sacudir las secas hojas,
Que del tronco desprendidas,
Van volando confundidas
A formar alfombras rojas.

Todo al pecho temeroso
Anuncia ruina y espanto,
Los claustros están en tanto
En silencio pavoroso.
Solo turba su reposo
El cipres que renegrea,
Y el bulto denso menea,
Cuyo funeral ropaje,
Sin que el otoño le ultraje,
Del tiempo se enseñorea.

¿Qué figura estoi mirando
Vagar por los corredores,
Ora en pasos voladores
Ora en lentitud marchando?
Negra mortaja arrastrando
Va, y el rumor de sus piés,
Que apenas se oye, igual es
Al murmullo de la brisa
Que revolver se divisa
De su ropon al traves.

Ya la ilumina la luna,
Ya entre las sombras se esconde,
Segun el lugar por donde
La lleva su atroz fortuna.
No vuelve atras vez alguna
El rostro, atenta a su objeto.
¿Es algun sucio esqueleto
Que negra intencion suscita,
Y a cumplir se precipita
De alto conjuro el decreto?

Al pié del gran Campanario
Y delante de su puerta
Se detiene un punto incierta,
Luchando en designio vario.
Tal vez su intento nefario
La amedrenta mas allí,
Mas de repente la ví
Resuelta desparecerse,
Y la puerta estremecerse
Con raudo choque sentí.

Mudo de asombro he quedado,
Y esa aparicion un eco
Triste indefinible y hueco
En mi cerebro ha dejado.
¿Se habrá cual sueño alejado
Porque yo su imájen borre?
No, que en lo alto de la torre
Vuelve a aparecer. Miradla!
Descubre un rostro de gualda
Su velo que se descorre.

La luna a sus anchas luciendo a tal punto,
Me deja el semblante admirar de Leonora,
No ya rozagante cual brilla la aurora,
Sí mórbido y triste cual sol ya difunto.
Ai! Cómo tan presto acercóse a la tumba!
Cual vagos recuerdos sus gracias ya son,
O incierta harmonía que lúgubre zumba
Si cubre la noche fatal panteon.
La lánguida frente sostiene en su mano,
Y alzando los ojos sin lágrimas ya,
Olvida a sus plantas el mundo profano,
Y fija en los astros inmóvil está.
Mas oh! Qué memoria de pronto la asalta?
¿Por qué sacudiendo en atroz frenesí
Su hermosa cabeza, de súbito salta,
Y dar, ai! dos vueltas en torno la ví?
El ruido del viento, el caer de las hojas,
Del astro nocturno el sereno esplendor,
Habrán en sus fibras relajas y flojas
Tal vez producido una imájen de amor?
Un canto parece a entonar se dispone;
Su voz que al principio es un eco de muerte,
Bien pronto endulzando su acento disone,
En harpa divina por fin se convierte.
Y atentos los aires, callados los vientos,
Escuchan absortos la dulce cancion,
La frijida torre a sus tristes lamentos
Parece temblando sentir compasion!....

«Vuelan las hojas, las hojas
Sin cesar volando van,
Y todas al fin caerán,
Porque es tiempo de morir.

Nacieron para secarse,
Y aunque brillaron un dia,
Cada sol que amanecia
Las acercaba a su fin!

Yo tambien brillé como ellas,
Y ví envidiar mi ventura,
Hoi ya ser se me figura
Hoja que volando voi.
Un sepulcro y una amante
Que sobre su mármol llora!...
¿Por qué yo no soi ahora
La que en el sepulcro estoi?»

Una mano me condujo
A un altar, y alguien decia:
¿Por qué lloras, vida mia,
Cuando un cielo veo yo?
Y yo seguia llorando,
Aunque la voz me animaba.
Cielos! y por qué temblaba?...
Ya todo se me olvidó!

¿Por qué a lo lejos no veo
Un incendio propagarse,
El huracan levantarse
Y el viento en furor bramar?
Tal vez el mar furibundo
Hasta esta torre llegára,
Y en sus olas yo mirára
Un cadáver blanquear!

Qué gloria morir con él
Aunque entre las olas fuese,
Sin que un tirano viniese
Nuestro abrazo a dividir!
Mas ai! para mi consuelo
Ni un cadáver me conceden,
Y solo las hojas pueden
Junto conmigo morir.»

—

Morir! los ecos tristes repitieron.
Morir! el campanario resonó:
La luna rojas nubes escondieron
Al punto en que Leonor despareció.
Inmóvil la natura, silenciosa,
Y sumerjida en honda lobreguez,
De un desastre la nueva pavorosa
Está esperando con terror tal vez.
Un ruido sordo se oye de repente
Del Campanario en confunsion salir.
Y luego las campanas el ambiente
Solas empiezan ¡o portento! a herir.
¿Media noche será? ¿Llaman por suerte
Al coro a las esposas de Jesus?...
No, que doblando están: en son de muerte
Lloran por alguien que dejó la luz!
Atónitas las monjas van saliendo
De sus celdas aprisa, y con sorpresa
Tienden oidos al clamor tremendo
Que el Campanario de esparcir no cesa.
Corren, se buscan, vuelven y admiradas
La causa se preguntan entre sí,
Y reconocen de terror pasmadas
Que solo falta la novicia allí!
La Abadesa en fatal presentimiento,
Con luces y en estrecha procesion
A sus súbditas manda que al momento
La causa corran a indagar del son.
Sumisas obedecen, y caminan
Temblando todas con pavor glacial;
Mas no bien sus antorchas iluminan
Del Campanario la mansion fatal,
Y entre la incierta claridad se pudo
El techo percibir, cuando lanzaron
Todas a un tiempo un alarido agudo,
Al suelo las antorchas arrojaron,
Y en espantosa confusion corriendo,
No paran hasta el medio del jardin,
Temblante aún, y de un cordel pendiendo,
A Leonor vieran rematar su fin!
. . . . . .
Una fosa cavada al otro dia
Del Campanario ante el cimiento habia.
Sin aparato ni señal de duelo,
Ni canto que por él se eleve al cielo,
Un cadáver desciende a aquella tumba,
Y mientra el azadon sobre él retumba
La menuzada tierra apisonando,
Ni un solo ai! de dolor, ni un eco blando
Con un *Descansa en paz*! a honrarlo vino.
Fué de Leonor el mísero destino
No reposar debajo el pavimento
Del templo del Señor, donde el acento
Del himno alzado a la Suprema altura,
Hubiese mitigado su amargura.
Solo fué dado saludar sus manes
Al rujir de los fieros huracanes.

Al aire libre, al sol y lluvia espuesta
Cual rosa que perece en la floresta,
Al pié del Campanario está Leonora.
Y todas huyen su sepulcro ahora,
Cual si estuviese por Jesus maldito,
Aun su memoria el claustro la ha proscrito
Como sus padres a la triste en vida!
Ni jamas una flor se vió esparcida
Sobre su lecho de eternal reposo.
Solo en medio el silencio pavoroso
De la noche, una dulce melodía
En torno suyo resonar se oia,
Preludiando de amor tiernos delirios.
Y en el invierno dos hermosos lirios
Nacer sobre la tumba se miraban,
Que al soplar de los cierzos enlazaban
Sus pétalos llorosos blandamente,
Imitando de amor el beso ardiente.
Dos aves entre tanto
Venian a entonar su dulce canto
Al rededor, y en ecos jemidores
Contarse parecian los amores,
Cuya historia encerraba aquel sepulcro.
Mas no bien claro el sol, y el cielo pulcro
Anunciaban de alegre primavera
La brillantez primera,
Cuando una y otra flor mustia y marchita
A un tiempo se secaban, cual si solo
Cuando ofuscaba el huracan el polo,
Pudiesen existir, y la esquisita
Aroma del verano
Para ellas fuese destructor gusano.
Al punto la avecilla se alejaba
Y a la desierta tumba no acudia
Hasta que en el invierno venidero
El uno y otro lirio renacia;
Y en eco plañidero
Ella a seguir su lloro retornaba.

—

¿Qué suerte cupo al Marques?
¿Dias serenos gozó
Despues que hirió sus oidos
La desgracia de Leonor?
Ai! a demostrarlo asi
Èl aleve se esforzó,
Y siguiendo en sus devotas
Prácticas de relijion,
Insultaba al mismo cielo
Con su hipócrita fervor.
Quizá insensato esperaba
Que de su crimen atroz
Jamas las densas tinieblas
Alumbrase un resplandor.
¡Cómo débiles se engañan
Los malvados! No tardó
Muchos años en saberse
Por pública y cierta voz
Que uno de sus propios siervos,
Lleno de espanto y terror,
De la muerte en los delirios
Claramente reveló
Que en aquellos mismos dias
Que Eulojio despareciò,
Él en espesa montaña
De un campo de su señor
Un cadáver mutilado
Horriblemente encontró,
Que exhalando corrompido
Insoportable fetor,
Apenas se distinguia
Que a un jóven perteneció.
Èl le habia sepultado
Movido de compasion,
Y por miedo largo tiempo
Hondo silencio guardó.
¿Habia sido de Eulojio
Aquel despojo de horror?
Todos así lo creyeron,
Y el Marques de execracion
Universal abrumado,
Largo tiempo no venció
Su cruel remordimiento,
Que como espectro feroz
Le hacia la noche umbría
Divagar por su mansion,
Pidiendo misericordia
Con doloroso clamor,
Y sin que humano consuelo
Diese alivio al corazon.
Hasta que acabado el cuerpo
En horrible consuncion,
Entre espantosa agonia
Su último aliento rindió.